

## La potencia de la Maxim

«Hay dos oriflamas, ¿cuál plantaremos en las islas más lejanas: la que flamea en el fuego celestial, o la que cuelga pesada con el sucio tejido del oro terrestre? Hay en verdad un camino de gloria benéfica abierto ante nosotros, que nunca antes se ha ofrecido a un pobre grupo de almas mortales. Y está ante nosotros lo que debe ser: «Reinar o morir»... Y, si [Inglaterra] no quiere sucumbir, deberá fundar colonias tan rápido como pueda por medio de sus hombres más enérgicos y valiosos, apoderándose de cada trozo de tierra fértil disponible donde ellos pongan el pie».

JOHN RUSKIN, lección inaugural como Slade Professor en Oxford, 1870

«[T]omad la constitución de los jesuitas si es posible obtenerla e insertad imperio inglés donde dice religión católica romana».

CECIL RHODES, esbozando el concepto original de las becas Rhodes a lord Rothschild, 1888

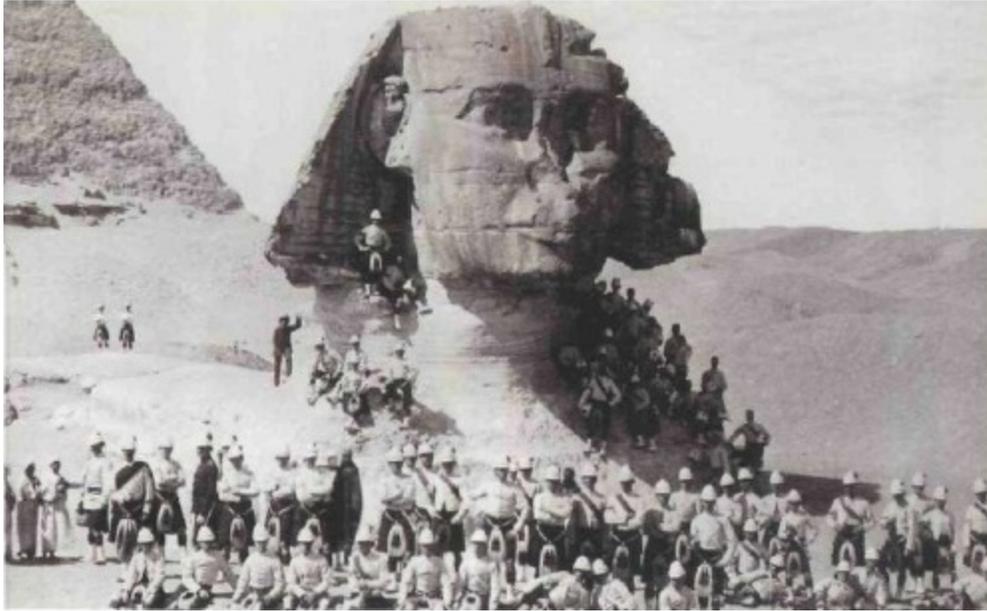
«Uno no puede hacer tortillas sin romper huevos; uno no puede destruir las prácticas de la barbarie, de la esclavitud, de la superstición... sin el uso de la fuerza».

JOSEPH CHAMBERLAIN

En pocos años, cuando el siglo XIX daba paso al siglo XX, las actitudes británicas hacia el imperio pasaron de la arrogancia a la ansiedad. Los últimos años de la reina Victoria fueron una época de soberbia imperial: simplemente no parecía haber límite a lo que, sumada, podían lograr la potencia de fuego y las finanzas británicas. Como gerente y banquero del mundo, el imperio británico logró una amplitud geográfica inigualable en la historia. Incluso sus competidores más cercanos, Francia y Rusia, se veían empequeñecidos por el titán británico; era la primera superpotencia. Sin embargo, antes de que expirara la reina emperatriz en su dormitorio en la Osborne House en 1901, Némesis atacó. África, que había parecido ser británica por derecho propio, asestó al imperio un golpe inesperado y doloroso. Aunque algunos reaccionaron con un desafiante chovinismo, otros se vieron presa de las dudas. Incluso los generales y los procónsules más dotados mostraron síntomas de lo que se suele llamar decadencia. Y el más ambicioso rival imperial de Gran Bretaña no tardó en olfatear la oportunidad que dichas vacilaciones propiciaban.

## DE EL CABO A EL CAIRO

A mediados del siglo XIX, aparte de unas pocas factorías costeras, África era la última hoja en blanco en el atlas imperial del mundo. Al norte de El Cabo, las posesiones británicas se limitaban a África Occidental: Sierra Leona, Gambia, Costa de Oro y Lagos; la mayoría de ellas eran remanentes de las batallas a favor y en contra de la esclavitud. Sin embargo, en veinte años a partir de 1880, diez mil reinos africanos tribales se convirtieron en cuarenta estados, de los cuales treinta y seis estaban bajo el control directo europeo. Nunca en la historia humana ha habido una redefinición tan drástica del mapa de un continente. Hacia 1914, exceptuando a Abisinia y Liberia (esta última una casi colonia estadounidense), todo el continente estaba sujeto a alguna forma de dominio europeo. Aproximadamente un tercio era británico. Este proceso se llamaría más adelante «el reparto de África».



**Soldados escoceses alrededor de la esfinge en Giza, 1882.**

La clave de la sorprendente expansión del imperio a finales del período Victoriano fue la combinación de poder financiero y potencia de fuego. Combinación que se reflejó de forma refinada en Cecil Rhodes. Hijo de un clérigo en Bishop's Stortford, Rhodes había emigrado a Sudáfrica a los diecisiete años porque, como afirmó más tarde, «no podía soportar más la carne fría de carnero». Fue a la vez un genio de los negocios y un visionario imperial; un barón forajido, pero también un místico. A diferencia de otros «señores del Rand», como su socio Barney Barnato, no le bastaba a Rhodes con hacer una fortuna de las vastas minas de diamante De Beers, en Kimberley. Aspiró a algo más que amasar dinero. Soñaba con convertirse en constructor de un imperio.

Aunque su imagen pública era la de un coloso solitario controlando ambas costas de África, Rhodes no habría podido conseguir su casi monopolio de los diamantes sudafricanos sin la ayuda de sus amigos en la City de Londres, en concreto el banco Rothschild, que en la época concentraba el mayor capital financiero del mundo. Cuando Rhodes llegó a los yacimientos de diamantes de Kimberley había más de cien pequeñas compañías trabajando los principales «tubos», inundando el mercado de diamantes y quitándose entre sí el negocio. En 1882 un agente de

Rothschild visitó Kimberley y recomendó una fusión a gran escala; en cuatro años el número de compañías se redujo a tres. Un año después la Compañía De Beers de Rhodes con la Compagnie Francaise, seguida por una fusión final importante con la Compañía Central de Kimberley. Ahora había solo una compañía: De Beers. Todo el mundo creía que Rhodes era propietario de De Beers, pero no era cierto. Nathaniel Rothschild era el principal accionista; efectivamente, hacia 1899 la participación de Rothschild duplicaba la de Rhodes. En 1888 Rhodes escribió a lord Rothschild:<sup>[1]</sup> «Sé que si usted me apoya puedo hacer todo lo que he dicho. Sin embargo, si usted piensa otra cosa, no tengo nada que decir». Cuando Rhodes necesitó respaldo financiero para un nuevo proyecto africano en octubre de 1888, no tuvo dudas acerca de adónde recurrir.

La propuesta que Rhodes deseaba que Rothschild examinara era la concesión que acababa de conseguir del jefe de Matabele, Lobengula, para explotar los yacimientos de oro «inagotables» que creía Rhodes se hallaban pasando el río Limpopo. Los términos de la carta a Rothschild dejaban claro que sus intenciones hacia Lobengula eran poco amistosas. El rey de Matabele, escribió, era «el único obstáculo en África Central, pues una vez que tengamos controlado su territorio, lo demás es fácil, pues el resto es simplemente un sistema aldeano con un jefe separado, todos independientes entre sí [...] La clave es el país de Matabele, con su oro, los informes referentes al mismo no se basan solo en rumores [...] Imagínese, este yacimiento aurífero que se podía adquirir a unas ciento cincuenta mil libras esterlinas hace dos años, ahora se vende por más de diez millones». Rothschild respondió afirmativamente. Cuando Rhodes se asoció con la Compañía de Bechuanalandia para crear una nueva asociación exploradora central para Matabelelandia, el banquero era un accionista mayoritario, y su participación creció cuando se convirtió en la Compañía de Concesiones Unidas en 1890. Estuvo también entre los accionistas fundadores cuando Rhodes fundó la British South Africa Company en 1889; actuaba, de hecho, como el asesor financiero honorario de la compañía.

La compañía de De Beers había librado sus batallas en las salas de juntas de Kimberley. La British South Africa Company, en cambio las libró de verdad. Cuando Lobengula se dio cuenta de que había sido engañado

para que firmara una concesión que no se limitaba a los derechos de explotación minera, resolvió enfrentarse con Rhodes. Decidido a librarse de Lobengula de una vez por todas, Rhodes reaccionó enviando una fuerza invasora de setecientos hombres, los voluntarios de la Compañía Privilegiada. Los matabele tenían, en términos africanos, un ejército poderoso y bien organizado; los impis de Lobengula de la región llegaban a tres mil. Pero los hombres de Rhodes trajeron consigo un arma destructiva secreta. Operada por un equipo de cuatro hombres, la ametralladora Maxim de 0,45 pulgadas podía disparar quinientos tiros por minuto, cincuenta veces más rápido que el rifle más rápido. Una fuerza equipada con solo cinco de estas armas letales podía literalmente barrer el campo de batalla.

En la batalla del río Shangani en 1893 se empleó por primera vez la Maxim. Un testigo presencial recordaba así lo que ocurrió:

Los matabele encabezados por el regimiento Nabuzu nunca se acercaron a más de noventa metros, los guardias del rey que venían chillando como demonios se lanzaron a una muerte segura, porque las Maxim superaron todas las expectativas y literalmente los segaron como hierba. Nunca he visto nada parecido a estas ametralladoras Maxim ni soñado que tales cosas pudieran existir: pues las cintas alimentadoras de cartuchos pasan por ellas tan rápido como uno pueda cargarlos y dispararlos. Todo hombre del *laager*<sup>[\*]</sup> debe su vida a la ametralladora Maxim. Los nativos le dijeron al rey que no nos temían a nosotros ni a nuestros rifles, pero que no podían matar al animal que hacía ¡pum!, ¡pum!, como llamaban a la Maxim.

A los matabele les pareció que «el hombre blanco venía [...] con [...] cañones que escupían balas como los cielos a veces escupen pedrisco, y ¿quiénes eran los desnudos matabele para enfrentarse a esos cañones?». Fueron eliminados cerca de mil quinientos guerreros matabele. Solo cuatro de los setecientos invasores murieron. *The Times* informó con aire de suficiencia: los matabele «convierten nuestra victoria en brujería, pues

consideran que la Maxim es una obra de un espíritu malo. Lo han llamado *S'cokacocka*, debido al peculiar ruido que hace cuando funciona».

Para que no hubiera duda sobre quién había ideado la operación, el territorio conquistado recibió el nombre de Rhodesia. Detrás de Rhodes, sin embargo, estaba el poderío financiero de Rothschild. Significativamente, un miembro de la rama francesa de la familia señaló con satisfacción la relación entre las noticias de «un fuerte enfrentamiento que ha habido con los matabele» y «una pequeña alza en las acciones» de la British South Africa Company de Rhodes. La única preocupación de Rothschild — estaba ampliamente justificada— era que Rhodes estaba desviando el dinero de la rentable compañía De Beers hacia la totalmente especulativa British South Africa Company. Cuando lord Randolph Churchill, político conservador disidente, volvió de una visita a Sudáfrica en 1891, declaró que «no existe especulación más insensata e insegura que la inversión en sindicatos de exploración minera» y acusó a Rhodes de ser «un fraude [...] que no podía conseguir cincuenta y una mil libras esterlinas en la City para abrir una mina». Rothschild se indignó. Había pocos delitos más graves a los ojos de un financiero de *fin de siècle* que hablar despectivamente de una inversión.

El recordatorio oficial de la campaña de Matabelelandia, publicado en el cuadragésimo aniversario de este pequeño conflicto unilateral, empezaba con un «tributo» de Rhodes a los hombres que habían conquistado a los salvajes matabele. Lo más notable, sin embargo, era el grotesco himno dedicado al arma favorita del conquistador. El himno realmente surgió como una sátira liberal a la expedición, pero los hombres de Rhodes lo adoptaron desvergonzadamente como suyo:

*¡Adelante, soldados de la compañía, a tierras  
paganas, con  
el devocionario en el bolsillo, el rifle en la mano!  
Por la  
gloriosa corriente donde el comercio puede abrirse,  
difundid  
el evangelio pacífico con una Maxim.*

*Decid a los desgraciados nativos que pecan en sus corazones, convertid sus templos paganos en mercados del espíritu. Y si no sucumben a vuestras enseñanzas, dadles otro sermón con la ametralladora Maxim.*

*Cuando comprendan bien los diez mandamientos, debéis engañar a su jefe, y anexionar sus tierras. Y si mal aconsejados os tratan de pedir cuentas, dadles otro sermón con una Maxim de la Montaña.*

La ametralladora Maxim era en realidad una invención estadounidense. Pero su inventor, Hiram Maxim, siempre había tenido el ojo puesto en el mercado británico. Apenas tuvo el prototipo listo para funcionar en su taller subterráneo en Hatton Garden (Londres), comenzó a invitar a las «vacas sagradas» para que probaran el arma. Entre los que aceptaron se hallaba el duque de Cambridge, entonces comandante en jefe, el príncipe de Gales, el duque de Edimburgo, el duque de Devonshire, el duque de Sutherland y el duque de Kent. El duque de Cambridge respondió con la acritud característica de su clase. Dijo que estaba «muy impresionado por el valor de las ametralladoras»; en efecto, se sentía «confiado en que serían utilizadas en todos los ejércitos». Sin embargo, «no consideraba aconsejable comprar una todavía», y agregó: «Cuando las necesitemos, podemos comprar los modelos más recientes, y su manipulación puede ser enseñada a los hombres inteligentes en unas pocas horas». Otros fueron más rápidos en apreciar el gran potencial de la invención de Maxim. Cuando se fundó la Maxim Gun Company en noviembre de 1884, lord Rothschild estaba en la mesa directiva. En 1888 su banco financió la fusión de 1,9 millones de libras esterlinas de la Maxim Company con la Nordenfeldt Guns and Ammunitions Company.



**Hiram Maxim con su ametralladora, c. 1880.**

Tan estrecha era la relación de Rhodes con los Rothschild, que incluso le confió la ejecución de su testamento a lord Rothschild, especificando que su patrimonio debería ser utilizado para financiar un proyecto imperialista equivalente a la orden jesuita, la finalidad original de las becas Rhodes. Sería «una sociedad de elegidos para el bien del imperio». Rhodes anotó: «Al considerar la cuestión sugerida, tómesese la constitución de los jesuitas, si se puede conseguir, y póngase imperio británico en vez de religión católica romana». Rothschild, por su parte, aseguró a Rhodes: «[N]uestro primer y principal deseo en relación con los asuntos sudafricanos es que permanezca en la dirección de ellos en esa colonia y que pueda realizar la gran política imperial que ha sido el sueño de su vida».

La creación de su propio país personal y su propia orden sagrada imperialista eran en realidad simples ingredientes de una «política imperial» rhodesiana mucho más vasta. En un gran mapa de África —que todavía hoy puede verse en Kimberley—, Rhodes trazó con lápiz una línea que iba desde El Cabo a El Cairo, que debería ser el gran ferrocarril imperial. Desde El Cabo correría hacia el norte como una gran espina dorsal metálica por Bechuanalandia; de Bechuanalandia a Rhodesia; de Rhodesia a Nyasalandia, y de ahí pasaría por los Grandes Lagos hasta Jartum, y finalmente hasta el Nilo, hacia su destino final en Egipto.

De este modo, Rhodes preveía poner todo el continente africano bajo el control británico. Su justificación era sencilla: «Somos la primera raza en el mundo y cuanto más espacio del mundo ocupemos, tanto mejor para la raza

humana». No había límites para las ambiciones de Rhodes. Podía hablar con toda seriedad de «la recuperación final de Estados Unidos de América como parte integral del imperio británico».

En cierto modo, guerras como la que libró Rhodes contra Matabele eran batallas particulares planeadas en clubes privados como el Kimberley Club, ese bastión convencional de la amistad entre capitalistas, del cual el propio Rhodes era uno de sus fundadores. Matabelelandia se había convertido en parte del imperio sin coste alguno para el contribuyente británico, ya que toda la campaña se había realizado con mercenarios empleados por Rhodes y pagados por los accionistas de las compañías British South Africa y De Beers. Si resultaba que Matabelelandia no tenía oro, los únicos perdedores serían ellos. En efecto, el proceso de colonización había sido privatizado, suponía una vuelta a los primeros días del imperio, cuando las compañías comerciales monopolistas habían iniciado el dominio británico desde Canadá hasta Calcuta. Rhodes estaba aprendiendo de la historia a conciencia. El dominio británico en la India había comenzado con la Compañía de las Indias Orientales; el dominio británico de África comenzaría con sus propios intereses empresariales. En una carta a Rothschild incluso se refirió a De Beers como «otra Compañía de las Indias Orientales».

No era el único que pensaba de este modo. George Goldie, hijo de una familia de contrabandistas de Manx, que de joven había sido mercenario, también soñaba con «colorear el mapa de rojo»; su gran idea era anexionar cada kilómetro cuadrado desde el Níger hasta el Nilo. En 1875 había ido a África Occidental para intentar salvar una pequeña casa comercial que pertenecía a la familia de su cuñada. Hacia 1879 la había fusionado con una serie de compañías dedicadas al aceite de palma para formar la National African Company. Pero Goldie rápidamente se convenció de que «era inútil tratar de hacer negocios cuando no se podía imponer la ley y el orden verdaderos». En 1883 propuso que la National African Company se hiciera cargo de toda la región baja y media del Níger mediante una concesión real. Tres años después, logró lo que deseaba: se hizo una concesión a una resucitada Royal Niger Company. De nuevo se repetía el modelo del siglo XVII de la colonización mediante la subcontratación, según el cual eran los

accionistas y no los contribuyentes los que asumían riesgos. Goldie se enorgullecía de supervisar «que los accionistas, con cuyo dinero se ha formado la compañía, sean tratados de manera adecuada»:

El dicho era: «El precursor siempre se arruina», y dije que en este caso no sería así, y así fue. He salido a la calle a convencer a la gente de dar un millón para empezar. Estaba decidido a que obtuvieran un beneficio justo por su dinero. Si no lo hubiera hecho, habría incurrido en una falta a la confianza dada. Mi trabajo era una lucha internacional para conseguir la posesión británica de ese territorio, y debo recordaros que la obra concluyó con éxito antes de que terminara la concesión del Níger. Pienso que usted estará de acuerdo conmigo en que he estado totalmente volcado a proteger los intereses de los accionistas en primer lugar...

El gobierno no siempre estaba satisfecho con actuar sobre esta base. Como Goldie afirmó en 1892, Gran Bretaña había «adoptado la política de avanzar a través de la empresa comercial [...] No se ha hecho esperar la sanción del Parlamento para el empleo de los recursos imperiales» para fomentar sus ambiciones.

Para Goldie, igual que para Rhodes, lo que era bueno para su compañía automáticamente era bueno para el imperio británico. Y como su homólogo sudafricano, Goldie consideró que la ametralladora Maxim era la clave para la expansión de ambos. Hacia finales de la década de 1880, había conquistado varios emiratos fulanis y emprendido guerras contra los asentamientos de Bida e Ilorín. Aunque tenía menos de quinientos hombres a su disposición, las Maxim les permitían derrotar ejércitos treinta veces más grandes que el suyo. La historia era similar en África Oriental, donde Frederick Lugard, había establecido la primacía británica en Buganda, mientras estaba al servicio de la Imperial British East Africa Company.<sup>[2]</sup> Tan impresionado estaba Goldie con la obra de Lugard, que lo contrató para que trabajara para la Niger Company. Cuando Nigeria del Norte se convirtió en un protectorado británico en 1900, Lugard fue nombrado como su primer alto comisionado; doce años después se convirtió en el gobernador general de una Nigeria unificada. Esta transformación de monopolio comercial en protectorado tipificaba el modo en que se produjo el reparto de África. Los políticos dejaron a los empresarios dirigir las cosas, pero más tarde o más

temprano intervenían para crear algún tipo de gobierno colonial formal. Aunque las nuevas compañías africanas se parecían a la Compañía de las Indias Orientales en su concepción original, gobernaron África durante períodos mucho más breves que el de su predecesora en la India. Por otra parte, incluso cuando el dominio británico se tornó «oficial», su estructura se mantuvo elemental. En su libro *The Dual Mandate in British Tropical Africa* (1922), Lugard definiría después el dominio indirecto como el «uso sistemático de instituciones consuetudinarias del pueblo como organizaciones de régimen local». Era la manera complicada de decir que África sería gobernada del modo en que se gobernaban los estados principescos de la India: con unos gobernantes africanos títeres y una presencia británica mínima.

Sin embargo, esa era solo la mitad de la historia del reparto de África, pues mientras Rhodes avanzaba hacia el norte desde El Cabo y Goldie iba hacia el este desde Níger, los políticos británicos lo hacían hacia el sur, desde El Cairo. Y lo hacían en buena medida porque temían que si no actuaban, otros lo harían en su lugar.

Los franceses estaban a la cabeza en el norte de África, minando con más rapidez las fronteras del imperio otomano que los británicos. La primera tentativa por conseguir la supremacía en Egipto había sido obra de Napoleón, que se hundió definitivamente ante la Royal Navy en la batalla de Abukir en 1798. Los franceses, sin embargo, no tardaron mucho, tras la caída de Napoleón, en reanudar sus actividades en la zona. En 1830 el ejército francés había invadido Argelia; en tan solo siete años los franceses controlaban la mayor parte del territorio. También se aprestaron a dar su respaldo a Mehmet Alí, el modernizador de Egipto, que trataba de desobedecer, cuando no ignorar, la autoridad del sultán otomano. Sobre todo, los inversores franceses se pusieron al frente del desarrollo económico de Turquía y Egipto. El hombre que concibió y construyó el canal de Suez fue un francés, Ferdinand de Lesseps, y la mayor parte del capital invertido en esa importante empresa estratégicamente portentosa (inaugurada en noviembre de 1869) fue francesa. Respecto al futuro del imperio otomano,

los británicos insistían una y otra vez que era una cuestión que dependía del consenso de cinco grandes potencias: Gran Bretaña, Francia, Rusia, Austria y Prusia.

Es imposible entender el reparto de África sin tener en cuenta sus antecedentes en la lucha incesante entre las grandes potencias por mantener o destruir el equilibrio de poder en Europa y el Próximo Oriente. En 1829-1830 habían llegado a un pacto sobre el futuro de Grecia y Bélgica. A raíz de la guerra de Crimea (1854-1856), llegaron a un consenso muy frágil sobre el futuro de las restantes posesiones europeas de Turquía, en concreto el estrecho de los Dardanelos. Lo que ocurrió en África en la década de 1880 era, en varios aspectos, la continuación de la diplomacia europea en muchos lugares, con la importante precisión de que ni Austria ni Rusia tenían ambiciones en el sur del Mediterráneo. De modo que en el Congreso de Berlín en 1878, la oferta a Francia de Túnez era una mera cláusula secundaria de unos acuerdos mucho más complejos sobre el futuro de los Balcanes.

Cuando en 1874 quedó patente que tanto el gobierno de Egipto como el de Turquía estaban arruinados, pareció en primer término que las cuestiones serían definidas mediante la habitual confabulación de las grandes potencias. Sin embargo, Disraeli y más tarde su archienemigo Gladstone no pudieron resistir la tentación de actuar unilateralmente para darle a Gran Bretaña la ventaja en la región. Cuando el jedive de Egipto ofreció vender sus acciones de la Compañía del Canal de Suez por cuatro millones de libras esterlinas, Disraeli aprovechó la ocasión, recurriendo a sus amigos los Rothschild (¿a quiénes si no?), para el desorbitante adelanto en metálico necesario para cerrar el trato. Ciertamente, la propiedad del 44 por ciento de las acciones originales de la Compañía del Canal no le daban a Gran Bretaña control sobre la misma, sobre todo porque las acciones no tuvieron derecho de voto hasta 1895, y a partir de entonces solo dispusieron de diez votos. Por otra parte, la promesa del jedive de pagar el 5 por ciento del valor de las acciones cada año en lugar de dividendos dio al gobierno británico un interés nuevo y directo en las finanzas egipcias. Disraeli estaba realmente equivocado al sugerir que la Compañía del Canal estaba en condiciones de cerrar dicha vía al creciente volumen de naves británicas

que la usaban. Por otra parte, no había garantía de que la ley que obligaba a la compañía a mantener el canal abierto sería siempre respetada. Como dijo acertadamente Disraeli, la propiedad de las acciones daba a Gran Bretaña una «palanca» adicional. Al final resultó ser una inversión excepcionalmente buena del erario público.<sup>[3]</sup>

De algún modo se suavizó el resentimiento francés con la reorganización inmediata de las finanzas egipcias, que (por sugerencia del gobierno francés) formó una comisión multinacional en que Gran Bretaña, Francia e Italia estaban igualmente representadas. En 1876, se estableció un banco internacional para la deuda pública de Egipto (*Caisse de la dette publique*) y dos años después, éste sugirió que Egipto formara un gobierno internacional, con un británico para la cartera de Hacienda y un francés para la de Obras Públicas. Simultáneamente, los Rothschild franceses y británicos acordaron hacer un préstamo de 8,5 millones de libras esterlinas. El *Journal de Débats* llegó a decir que este cómodo arreglo «equivalía a sellar una alianza entre Francia y Reino Unido». Un estadista británico sintetizó las bases del compromiso: «Uno puede renunciar, o monopolizar, o compartir; renunciando habríamos dejado que los franceses se interpusieran en nuestro camino a la India, y monopolizando nos habríamos arriesgado a que estallara una guerra. De modo que optamos por compartir». Pero esta política no duraría mucho tiempo. En 1879 el jefive depuso el gobierno internacional. Las potencias reaccionaron derrocándolo a favor de su servil hijo Tewfiq, pero cuando éste fue a su vez derrocado por los militares egipcios dirigidos por Arabi Pacha, contrario a los europeos, enseguida se hizo evidente que había un plan en marcha para liberar Egipto de toda dominación económica extranjera. Se fortificó Alejandría, y se construyó un muelle en el canal. La posibilidad de una condonación completa de la deuda externa del país era real. Las vidas de treinta y siete mil europeos que residían en Egipto corrían peligro.

Como jefe de la oposición, Gladstone se opuso tajantemente a la política de Disraeli en el Próximo Oriente. Le desagradó profundamente la compra de las acciones del canal de Suez; también acusó a Disraeli de hacer la vista gorda frente a las atrocidades perpetradas por los turcos contra las comunidades cristianas en Bulgaria. Sin embargo, cuando subió al poder,

Gladstone dio un vuelco a la política exterior victoriana. Es cierto que su instinto lo llevaba a seguir el sistema del control dual anglofrancés de Egipto. Pero la crisis coincidió con uno de los *bouleversements* políticos internos tan comunes en la historia de la Tercera República. Mientras los franceses peleaban entre sí, el riesgo de una moratoria egipcia era mayor. Había ya disturbios abiertamente anti-europeos en Alejandría. Movidó a asumir el riesgo por los miembros más imperialistas del gabinete, y con la garantía de los Rothschild de que Francia no se opondría, Gladstone aceptó el 31 de julio de 1882 «derrocar a Arabi». Las naves británicas ya habían bombardeado los fuertes de Alejandría, y el 13 de septiembre la fuerza invasora del general sir Garnet Wolseley, que consistía en tres escuadrones de la caballería de la guardia real, dos cañones y alrededor de mil soldados de infantería, sorprendió y destruyó el ejército, mucho más grande, de Arabi en poco menos de media hora en Telel-Kebir. Al día siguiente ocuparon El Cairo; Arabi fue tomado prisionero y despachado a Ceilán. Según lord Rothschild, «estaba claro ahora que Gran Bretaña debía mantener la futura supremacía» en Egipto. Esa hegemonía nunca sería formalizada mediante una colonización directa. Tan pronto como ocuparon Egipto, los británicos empezaron a decir a las demás potencias que su presencia era solo temporal: una afirmación que fue repetida no menos de sesenta y seis veces entre 1882 y 1922. Formalmente, Egipto continuó siendo un país independiente, pero en la práctica, estaba controlado como «un protectorado encubierto» por Gran Bretaña, en que el jedive era otro títere principesco más y el poder real estaba en manos del agente británico y el cónsul general.

La ocupación de Egipto abrió un nuevo capítulo en la historia imperial. De hecho, en muchos aspectos, señaló el inicio del reparto de África. Desde el punto de vista de las restantes potencias europeas (y la aquiescencia de Francia no duró mucho), estaba claro que debían actuar de inmediato y con celeridad, antes de que los británicos se apoderaran de todo el continente. Los británicos, por su parte, deseaban compartir el botín, siempre y cuando conservaran el control de los puntos estratégicos de El Cabo y El Cairo. Estaba a punto de comenzar la mayor partida de «monopoly» de la historia, y África era el tablero.

Como hemos visto, estos repartos no eran nada nuevo en la historia del imperialismo. Sin embargo, hasta ahora el futuro de África había sido preocupación exclusiva de Gran Bretaña, Francia y Portugal (fue la primera potencia europea en establecer colonias allí). Ahora, sin embargo, se habían incorporado tres nuevos jugadores a la mesa de juego: el reino de Bélgica (fundado en 1831), el reino de Italia (fundado en 1861) y el imperio alemán (fundado en 1871). El rey belga, Leopoldo II, había establecido su Asociación Internacional en 1876, patrocinando la exploración del Congo con el fin de conquistarlo y explotarlo económicamente. Los italianos fantaseaban con un nuevo imperio romano que se extendería por el Mediterráneo, identificando Trípoli (en la actual Libia) como su primer objetivo; después invadieron Abisinia, pero fueron derrotados ignominiosamente en Adowa en 1896, y tuvieron que contentarse con parte de Somalia. Los alemanes jugaron más sutilmente al comienzo.

El canciller alemán, Otto von Bismarck, fue realmente un genio político entre los estadistas del siglo XIX. Cuando Bismarck afirmó que su mapa de África era el mapa de Europa,<sup>[4]</sup> quería decir que veía África como una oportunidad de sembrar discordia entre Gran Bretaña y Francia, y de atraer a los votantes alemanes de sus opositores liberales y socialistas en Alemania. En abril de 1884 Bismarck proclamó un protectorado sobre la bahía de Angra Pequena, hoy en Namibia. Después amplió las reclamaciones alemanas a todo el territorio que se extendía entre la frontera norte de la colonia de El Cabo y la frontera sur de la Angola portuguesa, añadiendo Camerún y Togo en la costa occidental africana, y finalmente Tanganica al otro lado del continente. Habiendo así demostrado que Alemania era un jugador más en África, Bismarck convocó una gran conferencia internacional sobre África, que se reunió en Berlín entre el 15 de noviembre de 1884 y el 26 de febrero de 1885.<sup>[5]</sup> Aparentemente, la Conferencia de Berlín tenía el fin de asegurar el comercio libre en África y en particular la libre navegación por los ríos Congo y Níger. Estas eran las cuestiones que ocupaban la mayor parte de las cláusulas del «acta general» final de la conferencia. También se mencionaban con la boca pequeña los

ideales de emancipación de la época de Livingstone, que obligaba a todos los firmantes a:

Cuidar la preservación de las tribus nativas, y la mejora de las condiciones de su bienestar moral y material y contribuir a suprimir la esclavitud, especialmente la trata de esclavos. Sin distinción de credo o nación, [los firmantes] protegerán y favorecerán todas las instituciones y empresas religiosas, científicas o caritativas creadas y organizadas para los fines señalados antes, o que busquen instruir a los nativos y otorgarles las bendiciones de la civilización. Los misioneros, científicos y exploradores cristianos, con sus acompañantes, propiedades y colecciones serán también objeto igualmente de una protección similar. La libertad de conciencia y la tolerancia religiosa se garantizan expresamente a los nativos, no menos que a los súbditos y a los extranjeros.

Pero el verdadero propósito de la conferencia era (como el programa inaugural dejó bien claro) «definir las condiciones en que las futuras anexiones territoriales en África podrían ser reconocidas». El eje del negocio se hallaba en el artículo 34, que rezaba lo siguiente:

Cualquier potencia que de aquí en adelante tome posesión de un territorio en las costas del continente africano fuera de sus actuales posesiones, o que hasta ahora carezca de esas posesiones, las adquiera o asuma un protectorado [...] deberá acompañar cualquier acto con una notificación del mismo, dirigido a las demás potencias firmantes de la presente acta, para permitirles protestar contra el mismo si existiera algún fundamento para hacerlo.

El artículo 35, a falta de mayor precisión, establecía vagamente «la obligación [de los firmantes] de asegurar el establecimiento de la autoridad en las regiones ocupadas por ellos en las costas del continente africano que fuera suficiente para proteger los derechos existentes». Los autores del acta

para nada tenían en mente los «derechos existentes» de los gobernantes nativos y sus pueblos.

He aquí un verdadero pacto de ladrones: una licencia para la partición de África en «zonas de influencia» basada en la más que legítima «ocupación efectiva». La división del botín comenzó enseguida. Durante la conferencia se reconoció el derecho alemán a Camerún; también el de Leopoldo II al Congo. Sin embargo, la importancia de la conferencia fue más profunda aún. Además de partir el continente como una tarta, plasmó de manera brillante el objetivo principal de Bismarck de enemistar a Gran Bretaña y Francia. En la siguiente década, las dos potencias entraron en conflicto en varias ocasiones por Egipto, Nigeria, Uganda y Sudán. Para los políticos británicos, los exploradores franceses como Mizon y Marchand fueron uno de los incordios más grandes de la década de 1890, y dieron lugar a extraños enfrentamientos como el incidente de Fashoda de 1898, un contratiempo surrealista en tierra de nadie de Sudán. En efecto, los británicos fueron doblemente engañados por el canciller alemán, pues su reacción inicial a su triunfo en Berlín fue darle todo lo que deseaba (o parecía desear) y con más motivo en África.

Poco después de concluir la Conferencia de Berlín, el cónsul británico en Zanzíbar recibió un telegrama del Ministerio de Asuntos Exteriores en Londres. Le anunciaba que el emperador alemán había proclamado un protectorado en el territorio delimitado por los lagos Victoria, Tanganica y Nyasa, que había sido reclamado el año anterior por el explorador alemán Cari Peters de la Sociedad Alemana para la Colonización. El telegrama ordenaba de forma rotunda al cónsul que «cooperase con Alemania en todo». Debería «actuar con gran cautela»; no debería permitir que «ninguna comunicación de tono hostil se dirigiese a los agentes o representantes alemanes por parte de las autoridades de Zanzíbar». El cónsul británico en Zanzíbar era John Kirk, el botánico de la desventurada expedición de David Livingstone al Zambeze, que tras la muerte de éste había prometido continuar su labor para terminar con el tráfico de esclavos en África Oriental. La orden de cooperar con los alemanes lo dejó atónito. Durante años había trabajado por ganarse la confianza del soberano de Zanzíbar, el sultán Bargash, sobre la base de una oferta directa de que si el sultán

prohibía el tráfico de esclavos, Kirk lo ayudaría a ampliar su dominio africano y lo enriquecería mediante el comercio legítimo. En efecto, el sultán había prohibido el comercio de esclavos en Zanzíbar en 1873 y, a cambio, Kirk había cumplido con su promesa. Hacia 1885, el imperio del sultán en el continente se extendía miles de kilómetros a lo largo de la costa oriental africana y en el interior, hasta los Grandes Lagos. Ahora un gobierno británico ansioso de calmar a Bismarck simplemente descartaba al sultán.

Kirk no tuvo más alternativa que obedecer las órdenes de Londres. «Aconsejé al sultán —replicó obedientemente— retirar su oposición al protectorado alemán y admitir sus pretensiones». Pero no hizo esfuerzos por ocultar su consternación: «Mi posición es muy difícil y delicada, y en poco tiempo creo que seré totalmente incapaz de inducir al sultán a ceder sin perder con ello más influencia sobre él». Como escribió indignado a un amigo suyo en Inglaterra:

En mi opinión no cabe ninguna duda de que Alemania quiere absorber todo Zanzíbar, y si es así ¿por qué no lo dice? Veo [...] una referencia preocupante a un acuerdo del que no sé nada entre Inglaterra y Alemania de que no vayamos en contra de los designios alemanes en esta región. De seguro que cuando esto se acordó, se definieron los planes de Alemania, y si fue así, ¿por qué no se me consultó? ¿Se trata de planes del gobierno o planes alemanes particulares? [...] Se hace referencia a mis instrucciones, pero no me ha llegado ninguna instrucción referente a Alemania ni a la política alemana. Se me ha dejado seguir mi línea de acción antigua y aprobada [...] sintetizada en el tratado y declaración que [...] conseguí del sultán de que no tendría él que ceder ninguno de sus derechos ni territorios o dar el protectorado de su reino o parte de él a ninguna persona sin el consentimiento de Inglaterra [...] Nunca recibí órdenes de facilitar las cosas a Alemania, pero pronto vi cuál era mi situación, y actué con cautela y discreción (espero) [...] Pero ¿por qué las potencias de la conferencia no invitaron a Su Alteza [el

sultán, a Berlín] [...]? Claramente lo ignoraron cuando se reunieron y hasta donde he oído nunca le dijeron a él lo que habían acordado.

Kirk sintió que se le pedía «comprometer sin haber incurrido en ninguna falta su buen nombre por los servicios pasados». Si ejercía presión sobre el sultán para que accediera a las exigencias alemanas, como Londres claramente esperaba que hiciera, el sultán lo expulsaría, y «tendré la culpa de lo que no tengo poder para impedir».

Detesto abandonar el último apoyo en tanto tengamos la oportunidad de recuperar siquiera en un pequeño grado lo perdido o salvar todavía una parte de lo que puede ser útil algún día en los muchos cambios que tendrán lugar antes de que el dominio esté finalmente establecido, pues este plan de colonización alemán es una farsa y no puede durar. O el país se hundirá como nunca, o Alemania tendrá que emplear sangre y dinero y hacer lo que nosotros hemos hecho en la India, un imperio. Le compensará hacerlo, pero no hay señales de que considere esto todavía. De modo que nos prometemos perder este protectorado bastante bueno y la libertad que tenemos bajo el sultán a cambio de un largo período de confusión en que toda mi obra será deshecha.

Sin embargo, la misma idea de que el sultán pudiera ser invitado a la Conferencia de Berlín, señalaba a Kirk como un hombre del pasado. El monopolio imperial era un juego que se jugaba según las reglas amorales de la *Realpolitik*, y el primer ministro británico, lord Salisbury, estaba tan dispuesto a jugar con estas reglas como Bismarck. El sultán, en cambio, era un soberano africano. No podía haber sitio en la mesa para él.

Corpulento, desaliñado, reaccionario y astuto, Salisbury mantenía una postura cínica respecto al imperialismo. Su definición del valor del imperio era sencilla: la operación de dividir «victorias [entre] impuestos». «El Búfalo» no tenía la menor paciencia con la «filantropía superficial» y la «hipocresía» de los «fanáticos» que defendían una expansión en África en

su propio interés. Como Bismarck, las colonias solo interesaban a Salisbury por su valor como fichas en el tablero de la gran política de las potencias. Se mostraba abiertamente despectivo con la visión de Rhodes de ampliar el poder británico a lo largo de todo el continente africano. Dijo a sus colegas en julio de 1890 que

[es] una idea curiosa [...] que haya alguna ventaja especial en tener un territorio que se extienda desde Ciudad del Cabo hasta las fuentes del Nilo. Bien, este trozo de territorio al norte del lago Tanganica solo podía [ser] muy angosto [...] no puedo imaginar ningún comercio en esa dirección [...] Es un territorio impracticable, y que lleva solo a las posesiones portuguesas donde, hasta donde sé, durante los últimos treinta años no ha habido ningún flujo comercial demasiado fuerte ni entusiasta. Creo que el constante estudio de los mapas puede perturbar la capacidad de razonamiento de los hombres [...] Pero si uno mira más allá de las consideraciones meramente comerciales a aquellas con un carácter estratégico, no puedo imaginar una posición más incómoda que la posesión de una estrecha franja de territorio en el corazón de África, a tres meses de distancia de la costa, que debería estar separando las fuerzas de un poderoso imperio como Alemania y [...] otra potencia europea. Sin ninguna ventaja en dicha posición, nos expondríamos a todos los peligros inseparables de su defensa.

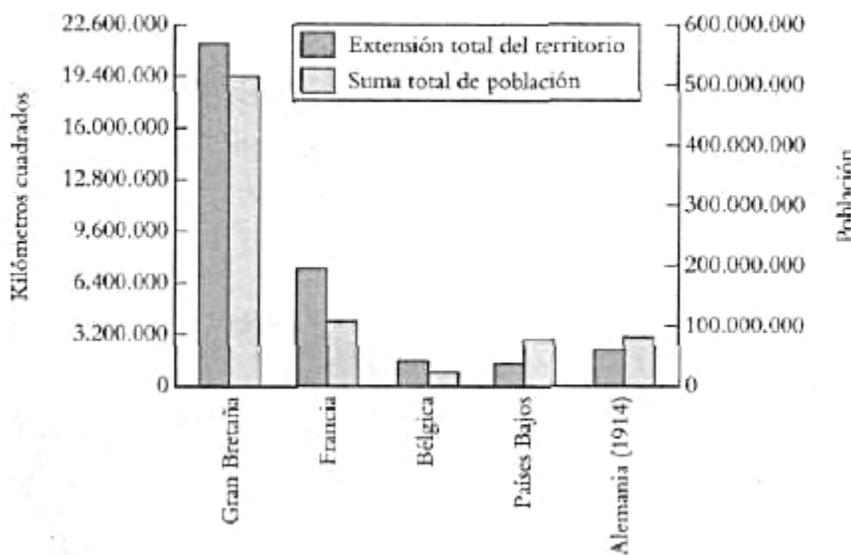
En otras palabras, solo valía la pena adquirir nuevo territorio si éste fortalecía la posición económica y estratégica de Gran Bretaña. Podría parecer bueno en el mapa, pero el eslabón que faltaba para completar la «ruta roja» de Rhodes desde El Cabo hasta El Cairo no resistía el examen. En cuanto a los que vivían en África, su suerte no interesaba en lo más mínimo a Salisbury. «Si nuestros antepasados se hubieran preocupado por los derechos de otros pueblos —les recordó a sus colegas en el gabinete en 1878—, el imperio británico no habría existido». El sultán Bargash descubriría pronto las consecuencias de este precepto.

En agosto de 1885, Bismarck envió cuatro buques de guerra a Zanzíbar y exigió al sultán que entregara su imperio a Alemania. Cuando se marchó un mes después, los territorios habían sido divididos claramente entre Alemania y Gran Bretaña, dejando al sultán solo con una franja en el litoral. No fue el único perdedor: la obra de John Kirk se perdió, pues los alemanes le pidieron y obtuvieron su renuncia. Tampoco a los alemanes Zanzíbar les preocupaba un ardite. Apenas dos años después, en julio de 1890, el sucesor de Bismarck reconoció el protectorado británico sobre este país, a cambio de la isla de Heligoland, en la costa alemana del mar del Norte. En realidad se jugaba al «monopoly» a escala global.

En toda África se repitió la misma historia: jefes engañados, tribus despojadas, legados suscritos con una huella dactilar o una cruz temblorosa, y la liquidación de cualquier resistencia con la ametralladora Maxim. Una por una fueron subyugadas las naciones de África: los zulúes, los matabele, los mashonas, los reinos de Níger, el principado islámico de Kano, los dinkas y los masáis, los musulmanes sudaneses, Benín y Bechuana. Hacia comienzos del nuevo siglo, el reparto estaba completado. Los británicos habían hecho realidad todo excepto la visión de Rhodes de una posesión ininterrumpida desde El Cabo hasta El Cairo: su imperio africano se extendía desde la colonia de El Cabo, pasando por Natal, Bechuanalandia (Botswana), Rhodesia del Sur (Zimbabwe), Rhodesia del Norte (Zambia), y Nyasalandia (Malawi); y hacia el sur desde Egipto, pasando por Sudán, Uganda y África Oriental (Kenia). África Oriental alemana era el único eslabón que faltaba a la cadena que deseaba Rhodes; además, como hemos visto, los alemanes tenían África del Sudoeste (Namibia), Camerún y Togo. Es cierto, Gran Bretaña también había adquirido Gambia, Sierra Leona, Costa de Oro (Ghana) y Nigeria en África Occidental, así como el norte de Somalilandia (Somalia). Pero las colonias occidentales africanas eran islas en un mar francés. Desde Túnez a Argelia en el norte, hasta Mauritania, Senegal, el Sudán francés, Guinea, Costa de Marfil, Alto Volta, Dahomey, Níger, Chad, el Congo francés y Gabón, la parte más grande de África Occidental, estaba en manos francesas; su única posesión al este era la isla de Madagascar. Además de Mozambique y Angola, Portugal retuvo el enclave en Guinea. Italia adquirió Libia, Eritrea y la mayor parte de

Somalilandia. Bélgica —o más exactamente el rey belga— poseía el vasto territorio central del Congo. Y España tenía Río de Oro (hoy al sur de Marruecos).

GRÁFICO 8



Los imperios europeos: territorio y población, hacia 1939.

## UNA GRAN BRETAÑA AMPLIADA

En 1897, el año de su septuagésimo quinto aniversario, la reina Victoria reinaba cual olímpica en la cima del imperio más vasto de la historia del mundo. Las cifras eran asombrosas. En 1860, el imperio británico tenía una extensión territorial de unos 15,2 millones de kilómetros cuadrados; hacia 1909 llegó a 20,5 millones. El imperio británico abarcaba ahora casi una cuarta parte de la superficie terrestre, tres veces el tamaño del imperio francés, y diez veces el del imperio alemán, y controlaba aproximadamente la misma proporción de población mundial: unos cuatrocientos cuarenta y cuatro millones de personas vivían bajo alguna de las formas de dominio británico. Gran Bretaña no solo había dirigido el reparto de África sino que

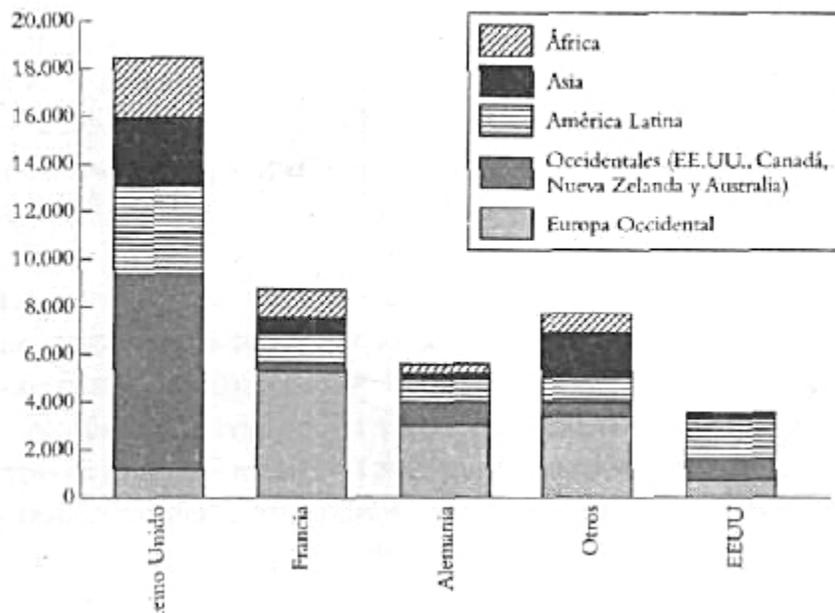
había estado a la vanguardia del reparto de Extremo Oriente, engullendo el norte de Borneo, Malasia y una parte de Nueva Guinea, por no mencionar una cadena de islas del Pacífico: Fidji (1874), las Cook (1880), Nuevas Hébridas (1887), las Phoenix, Gilbert y Ellice (1892) y las islas Salomón (1893).<sup>[6]</sup> Según la *St. James's Gazette*, la reina emperatriz tenía dominio sobre «un continente, cien penínsulas, quinientos promontorios, mil lagos, dos mil ríos y diez mil islas». Se imprimió un sello de correos que mostraba un mapa del mundo con la siguiente leyenda: «Tenemos el imperio más grande que nunca ha existido». Los mapas con su territorio coloreado de un rojo llamativo colgaban en las escuelas en todo el país. No es de extrañar que los británicos comenzaran a creer que tenían el derecho divino a dominar el mundo. Como el periodista J. L. Garvín dijo en 1905, era «una amplitud y magnificencia de dominios más allá de lo natural».



6. Zonas de África y Oriente Próximo bajo el dominio británico, alrededor de 1939.

La extensión del imperio de Gran Bretaña podía verse no solo en los atlas y censos mundiales. Gran Bretaña era también el banquero del mundo que invertía inmensas sumas por todo el planeta. Hacia 1914 el valor bruto nominal del capital invertido por Gran Bretaña en ultramar era de tres mil ochocientos millones de libras esterlinas, entre dos quintas partes y la mitad de todos los activos en propiedad de extranjeros. Era más del doble de las inversiones francesas en el extranjero y más de tres veces la cifra correspondiente a Alemania. Ninguna otra economía importante antes o desde entonces ha tenido una proporción tan grande de sus activos en ultramar. Entre 1870 y 1913, los flujos de capital tuvieron un promedio que rondaba el 4,5 por ciento del producto interior bruto, el cual subió cerca del 7 por ciento en las crestas más altas del ciclo: 1872, 1890 y 1913. Había más capital británico bursátil invertido en América que en Gran Bretaña. Además, estos flujos estaban más dispersos geográficamente que los de otras economías europeas. Solo cerca del 6 por ciento de las inversiones británicas en el extranjero se situaban en Europa Occidental. Cerca del 45 por ciento estaba situada en Estados Unidos y en las colonias «blancas». Una quinta parte estaba situada en América Latina; el 16 por ciento en Asia, y el 13 por ciento en África. Es cierto que solo mil ochocientos millones estaban invertidos realmente en las colonias británicas, y que la mayor parte de esta cantidad estaba invertida en las colonias más antiguas; la inversión en las nuevas adquisiciones africanas era muy reducida, pero la importancia del imperio estaba creciendo. De promedio atrajo cerca del 38 por ciento de las inversiones en cartera entre 1865 y 1914, pero hacia la década de 1890 esta proporción se elevó al 44 por ciento. Igualmente, la cuota del imperio en el total de exportaciones británicas estaba en alza, subiendo de entre un cuarto y un tercio a casi dos quintos en 1902.

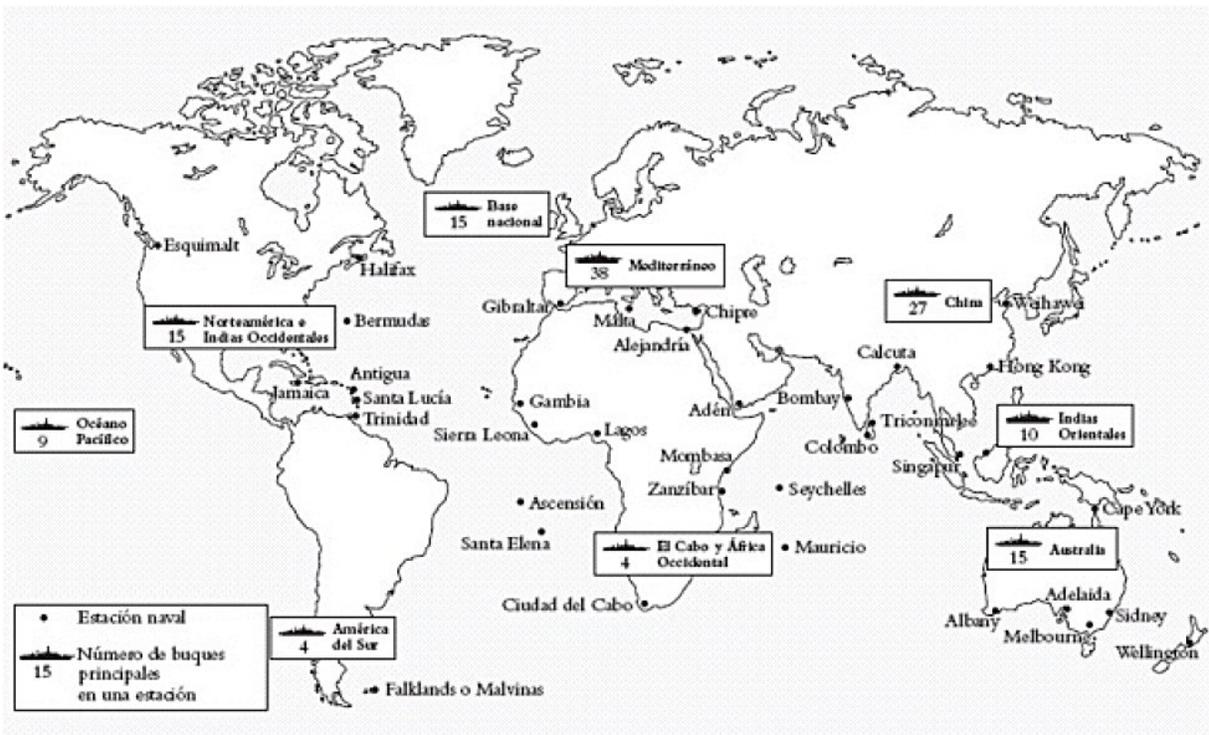
GRÁFICO 9



**Inversión total en el extranjero en 1914;  
procedencia y destino (millones de dólares).**

En cualquier caso, no todo el imperio británico estaba formalmente bajo el dominio británico; de hecho, los mapas subestiman el alcance del imperio. Las inmensas sumas de capital invertidas en América Latina, por ejemplo, dotaron a Gran Bretaña de tanta influencia, especialmente en Argentina y Brasil, que parece bastante legítimo hablar de «imperialismo informal» en esos países. Por supuesto podría objetarse que a los inversores británicos no les correspondía invertir en Buenos Aires y Río de Janeiro cuando deberían haber estado modernizando las industrias de las islas británicas. Pero el rendimiento previsto para la inversión en ultramar era generalmente más alto que para la manufactura nacional. En cualquier caso, no era un juego de todo o nada. Las nuevas inversiones en el exterior pronto se sostuvieron por sí solas, ya que las ganancias de los activos existentes en el extranjero superaron de forma constante el valor de las nuevas fugas de capital: entre 1870 y 1913 el total de las ganancias en el exterior llegó al 5,3

por ciento anual del PIB. Tampoco existe ningún indicio claro de que la industria británica sufriera por falta de capital antes de 1914.



### 7. Estaciones navales británicas imperiales, alrededor de 1898.

No fue solo mediante la inversión como los británicos extendieron su imperio informal. Las negociaciones comerciales también llevaron a grandes sectores de la economía mundial a aceptar el comercio libre; prueba de ello son los tratados de comercio con países latinoamericanos, Turquía, Marruecos, Siam, Japón y las islas de los mares del Sur. Hacia finales del siglo XIX, alrededor del 60 por ciento del comercio británico se establecía con países de fuera de Europa. El comercio libre con el mundo en desarrollo convenía a Gran Bretaña. Con las grandes ganancias de la inversión en el exterior, sin olvidar otras «invisibles», como las procedentes de los seguros y la navegación, podía permitirse importar mucho más de lo que exportaba. En cualquier caso, los términos de intercambio (la relación entre los precios de los bienes exportados y los importados) cambiaron en casi el 10 por ciento a favor de Gran Bretaña entre 1870 y 1914.

Gran Bretaña también fijó el patrón del sistema monetario internacional. En 1868, solo Gran Bretaña y una serie de países dependientes de ella (Portugal, Egipto, Canadá, Chile y Australia) adoptaron el patrón oro (que fijaba el valor del papel moneda del país en oro y obligaba al banco central a convertir los billetes en oro a la vista). Francia y otros miembros de la Unión Monetaria Latina, así como Rusia, Persia y algunos países latinoamericanos, tenían el sistema bimetálico (oro y plata), mientras que la mayor parte del mundo empleaba el patrón plata. Hacia 1908, sin embargo, solo China, Persia y unos cuantos países centroamericanos todavía seguían con el patrón plata. El patrón oro se había convertido efectivamente en el sistema monetario global. En todo, excepto en el nombre, era el patrón de la libra esterlina.

Quizá lo más notable de todo era que resultaba muy barato defenderlo. En 1898 había noventa y nueve mil soldados regulares estacionados en Gran Bretaña, setenta y cinco mil en la India, y cuarenta y un mil en otras partes del imperio. La armada necesitaba otros cien mil hombres, y el ejército nativo indio tenía 148.000 hombres. Había barracas y estaciones de carbón navales (treinta y cinco en total) dispersas por todo el mundo. Sin embargo, el presupuesto total de defensa para ese año era poco más de cuarenta millones de libras esterlinas: apenas el 2,5 por ciento de todo el producto interior bruto, lo cual no supera en mucho el peso relativo del presupuesto de defensa en Gran Bretaña actual, y era mucho menor que el porcentaje equivalente gastado en los militares durante la guerra fría. Tampoco el coste subió de forma desorbitante cuando Gran Bretaña modernizó audazmente toda su flota construyendo el primer acorazado con cañones de doce pulgadas y revolucionarias turbinas, un navío tan avanzado que dejó obsoletos a todos los demás buques de guerra cuando fue botado. Entre 1906 y 1913, Gran Bretaña pudo construir veintisiete fortalezas flotantes por cuarenta y nueve millones de libras, una suma muy inferior al interés anual pagado por la deuda interna. Así pues, se trataba de una hegemonía mundial barata.

Sin embargo, los británicos conocían demasiado la historia antigua para sentir complacencia con su posición hegemónica. Incluso en el apogeo de su poder pensaban, o Kipling les recordaba, el destino de Nínive y Tiro. Había muchos que avizoraban inquietos la decadencia y caída de su propio imperio, como la de todos los imperios anteriores. Matthew Arnold había descrito Gran Bretaña como «el cansado Titán de sordas / orejas, y ojos débiles [...] Tambaleándose hacia su meta / lleva en sus inmensos hombros / como un atlante el peso / casi insoportable de la esfera demasiado vasta de su destino». Pero ¿podía el Titán ser reanimado de algún modo? ¿Podía detenerse el inevitable desvanecimiento de su poder antes de que tropezara y cayera? Había un hombre que pensaba que sí que se podía.

John Robert Seeley era hijo de un editor evangélico en cuyo despacho la Sociedad Misionera de la Iglesia anglicana realizaba sus reuniones. Era un estudioso de los clásicos de éxito moderado, que se había hecho famoso en 1865 con *Ecce homo*, texto en que explicaba la historia de la vida de Cristo con un escrupuloso descuido de lo sobrenatural. Cuatro años después obtuvo la cátedra de historia contemporánea en Cambridge, donde se dedicó a investigar la historia diplomática y la biografía del reformador prusiano del siglo XIX Stein. Después en 1883, de modo bastante sorprendente, Seeley publicó un libro de mucha difusión, *The Expansion of England*. En solo dos años vendió más de ochenta mil ejemplares y siguió siendo publicado hasta 1956.

*The Expansion*, de Seeley, se proponía relatar la historia del imperio británico desde 1688 hasta 1815. Todavía se le recuerda por su memorable caracterización del carácter no planificado del imperio dieciochesco: «Parece [...] que hemos conquistado y poblado la mitad del mundo en un momento de distracción». Pero al público lo que le fascinó fue el mensaje político contemporáneo. Seeley reconocía la amplia extensión del imperio británico, pero vaticinaba una decadencia inminente si Gran Bretaña proseguía con su actitud despreocupada hacia el imperialismo:

Si Estados Unidos y Rusia se mantienen unidos por otros cincuenta años, al cabo de ese tiempo empuerñecerán totalmente a viejos estados europeos como Francia y Alemania, y quedarán relegados a países de segunda categoría. Harán lo mismo con Gran Bretaña, si a finales de ese tiempo Gran Bretaña todavía sigue concibiéndose como un simple estado europeo.

Seeley insistía en que era hora de dejar el imperio improvisado e incoherente del pasado. Gran Bretaña debía sacar ventaja de dos hechos ineludibles: en primer lugar, los súbditos británicos en las colonias pronto superarían en número a los de las islas británicas; en segundo lugar, la tecnología del telégrafo y la navegación a vapor hacía posible unificarlos como nunca antes se había hecho. Solo estrechando los lazos entre esta Gran Bretaña más grande podía el imperio tener posibilidades de competir con las superpotencias del futuro.

Seeley mismo no era ningún constructor de imperio. Nunca había salido de Europa; en realidad, la idea del libro se le ocurrió cuando estaba de vacaciones en Suiza. Acosado por el insomnio y una esposa gruñona, su nombre era sinónimo en Cambridge de la pomposidad pedantesca: afectaba «un porte casi excesivamente grave», como dijo uno de sus contemporáneos. Pero su llamamiento a fortalecer los vínculos entre Gran Bretaña y las colonias «blancas» y de habla inglesa, era música para los oídos de una nueva generación de imperialistas. Tales ideales se respiraban en el aire. En 1886, después de una visita a Australia, el historiador J. A. Froude publicó *Oceana, or England and her Colonies*. Cuatro años después el político liberal sir Charles Dilke, cuya carrera quedó arruinada por un divorcio complicado, publicó *Problems of Greater Britain*. «Greater Britain» (Gran Bretaña ampliada) era quizá la expresión más sintética de lo que estos escritores tenían en mente. Como dijo Dilke, el objetivo era que «Canadá y Australia fueran para los británicos como Kent y Cornwall». Cuando tales nociones contaron con el apoyo de una destacada personalidad en las altas esferas, el resultado fue un profundo cambio en la política del gobierno hacia el imperio.

Joseph Chamberlain fue el primer político imperialista auténticamente consciente del poder de Gran Bretaña. Había sido un fabricante de Birmingham que había hecho fortuna con la manufactura de tornillos. Logró medrar en las filas del Partido Liberal a través de la National Education League y el gobierno local para acabar peleando con Gladstone sobre la cuestión del autogobierno irlandés y gravitó (como «unionista liberal» que era) hacia el conservadurismo. Los *tories* nunca lo comprendieron realmente. ¿Qué se espera que haga uno con un hombre que juega al tenis llevando «una levita abotonada hasta el cuello y un sombrero de copa»? Pero tenían pocas armas mejores contra los liberales, particularmente cuando el unionismo liberal de Chamberlain evolucionó rápidamente hacia un liberalismo imperial. Chamberlain leyó *The Expansion of England* de Seeley con avidez; en efecto, después aseguró que fue la razón por la que envió a su hijo Austen a Cambridge. Cuando supo que Froude visitaba Ciudad del Cabo, escribió: «Dícales en mi nombre que encontrarán el partido radical mucho más imperial que el *tory* más recalcitrante».

En agosto de 1887, para poner a prueba al extravagante desertor, Salisbury invitó a Chamberlain a cruzar el Atlántico a que intentara negociar un acuerdo entre Estados Unidos y Canadá, que estaban disputándose los derechos de pesca en el golfo de San Lorenzo. El viaje abrió los ojos de Chamberlain. Descubrió que, en términos de ingreso per cápita, los canadienses consumían cinco veces más productos británicos que los estadounidenses; sin embargo, había muchos canadienses prominentes que consideraban seriamente una unión comercial con Estados Unidos. Incluso antes de llegar a Canadá, Chamberlain lanzó un ataque contra esta idea declarando: «La unión comercial con Estados Unidos significa el libre comercio entre éste y el dominio del Canadá,<sup>[7]</sup> y un arancel proteccionista que iría contra la madre patria. Si Canadá lo desea, así se hará; pero Canadá debe hacerlo sabiendo perfectamente que esto significa la separación política de Gran Bretaña». En Toronto, Chamberlain procuró contrarrestar la desviación canadiense con un apasionado llamamiento a «la grandeza e importancia de la distinción reservada a la raza anglosajona, esa raza

orgullosa, persistente, segura y resuelta que ningún cambio de clima o de condiciones puede alterar...».

La pregunta que Chamberlain hacía era si «los intereses de la verdadera democracia» residían en «la desintegración del imperio» o en «la unión estrecha de razas hermanas con objetivos similares». La clave, sugería, estaba «en resolver el gran problema del gobierno federal», algo que los canadienses habían conseguido para su propio país pero que ahora debería ser realizado para el imperio en su conjunto. Sin embargo, aunque la federación imperial era un sueño, llegó a la conclusión de que era «una gran idea que estimula el patriotismo y la noción de Estado de todo hombre que ama su patria; y sea que esté destinada o no a una realización perfecta, al menos nos permite [...] hacer todo lo que está en nuestra mano para promoverla». Al volver a Gran Bretaña, proclamó fervientemente su nueva fe en «los vínculos entre las distintas ramas de la raza anglosajona que forman el imperio británico».

Chamberlain había deseado durante cierto tiempo ser «ministro de las Colonias». En junio de 1895, sorprendió a Salisbury al no aceptar el Ministerio del Interior ni el de Hacienda para asumir el Ministerio de las Colonias. Como ministro de las Colonias afirmó repetidamente su «creencia» en «el amplio patriotismo [...] que encierra toda la Gran Bretaña imperial». Solo si el imperio permanecía estancado sería sobrepasado; la federación imperial era el camino hacia delante, incluso si eso implicaba compromisos por parte tanto de la metrópoli como de la colonia. «El imperio británico —declaró en 1902— se basa en una comunidad de sacrificio. Cuando se pierde esto de vista, entonces, pienso que efectivamente podemos esperar hundirnos en el olvido como los imperios del pasado, que [...] después de haber dado al mundo pruebas de su poder y su fuerza, desaparecieron sin que nadie lo lamentara, y dejando tras de sí solo un recuerdo de su egoísmo».

Chamberlain no era el único político de la época que se adhería al ideal de una Gran Bretaña ampliada. Un creyente casi tan ferviente fue Alfred Milner, cuyo centro de jóvenes seguidores en Sudáfrica (después reconstituido en Londres como la Mesa Redonda) casi llegó a realizar el sueño de Rhodes de una orden jesuita imperial. «Si soy también un

imperialista —declaró Milner— es porque el destino de la raza inglesa, debido a su posición insular y su larga supremacía en los mares, ha sido echar nuevas raíces en los confines del mundo. Mi patriotismo no conoce límites geográficos sino raciales. Me considero un imperialista y no un inglesito porque soy un patriota de raza británica. No es el suelo de Inglaterra [...] lo esencial para suscitar mi patriotismo, sino la lengua, las tradiciones, el legado espiritual, los principios, las aspiraciones de la raza británica...» Este tipo de retórica resultaba contagioso, especialmente (hay que añadir) para los recién llegados, como Chamberlain y Milner, que no siempre encontraban fácil compartir los escaños con los complacientes vástagos de la aristocracia.<sup>[8]</sup>

Desde luego, todo esto presuponía una presteza por parte de los dominios para redefinir su relación con la metrópoli, una relación que la mayoría de ellos, si lo pensaban, preferían dejarla sobre la base de una vaga delegación que había surgido del informe de Durham. Las colonias «blancas» no carecían de entusiasmo por la idea de una Gran Bretaña ampliada. En efecto, fueron más rápidos que los británicos de las islas en adoptar la sugerencia del conde de Meath de celebrar un día del imperio el día del aniversario de la reina (24 de mayo), que se convirtió en fiesta oficial en Canadá en 1901, en Australia en 1905, en Nueva Zelanda y Sudáfrica en 1910, y más tardíamente, en 1916, en la metrópoli. Pero había una diferencia entre el simbolismo y la reducción de la autonomía implicada en la idea de una federación imperial. Esencialmente, tal como estaban las cosas, los canadienses tenían facultades para imponer aranceles proteccionistas sobre los productos británicos, y desde 1879 lo hicieron, ejemplo que siguieron Australia y Nueva Zelanda; era muy improbable que esto ocurriera en un imperio federal. Otro vacío notorio en el argumento federalista era que la India, cuyo papel en una Gran Bretaña ampliada con una población predominantemente blanca, estaba lejos de ser claro.<sup>[9]</sup> Pero el mayor vacío lo constituía Irlanda.

Irlanda, la primera de todas las colonias, fue la última en obtener lo que las otras colonias «blancas» hacia la década de 1880 daban por sentado: un gobierno responsable. Había tres razones para esto. La primera era que la mayoría de los irlandeses, aunque de impecable piel blanca, eran católicos,

y, a los ojos de muchos ingleses, tan inferior racialmente como si hubieran sido de color carbón. La segunda era que una minoría —particularmente los descendientes de los que se habían asentado en la isla en el siglo XVII— prefería el arreglo establecido por la ley de unión de 1800, por el cual Irlanda era directamente gobernada desde Westminster como parte integral del Reino Unido. La tercera y, finalmente, la razón decisiva era que permitir que Irlanda tuviera su propio Parlamento, como lo había tenido antes de 1800, y como otras colonias blancas lo tenían, habría debilitado en cierta medida la integridad del imperio en su conjunto. Debido sobre todo a esto, los intentos de Gladstone de otorgar a Irlanda el autogobierno fracasaron.

Había por supuesto nacionalistas irlandeses radicales que nunca habrían estado satisfechos con la muy modesta transferencia de poder que Gladstone preveía en sus dos leyes de autogobierno de 1885 y 1893. La Hermandad de los Fenianos había intentado realizar un levantamiento en 1867; aunque fracasó, todavía pudo organizar una campaña con bombas en la isla. En 1882 un grupo escindido de los fenianos, llamado los Invencibles, asesinó a lord Frederick Cavendish, secretario de Estado para Irlanda, y Thomas Henry Burke, su subsecretario, en Phoenix Park. Que los irlandeses recurrieran a tal violencia contra el dominio británico, no es sorprendente. Sin lugar a dudas, el dominio directo desde Westminster había agravado la desastrosa hambruna de mediados de la década de 1840, en la que más de medio millón de personas murieron de hambre y enfermedades. La *phytophthora infestans* echó a perder las patatas, pero la política dogmática del *laissez-faire* convirtió la mala cosecha en una hambruna general. Sin embargo, los partidarios de la violencia eran una pequeña minoría. La mayoría de los partidarios del autogobierno —hombres como el fundador de la Home Government Association, Isaac Butt— no aspiraban a nada más que al grado de transferencias entonces disfrutado por canadienses y australianos.<sup>[10]</sup> Butt, junto con el líder más carismático del movimiento, Charles Stewart Parnell, no solo eran anglicanizados en su lengua y cultura, sino también buenos protestantes. Si Parnell no hubiera sido desprestigiado por el escándalo de su relación con Kitty O'Shea, habría sido un perfecto primer ministro de las Colonias: sin

duda, tan defensor de los intereses de Irlanda como los de Canadá, sin duda pero difícilmente un rompehielos del «dominio de Roma».<sup>[11]</sup>

La derrota de ambas leyes de autogobierno marcaron un retorno para los unionistas liberales como para los seguidores de las políticas de la década de 1770, cuando sus homólogos en el Parlamento se habían negado obstinadamente a la transferencia a los colonos norteamericanos. La pregunta que su posición daba por sentada era obvia: ¿cómo podía realizarse una ampliación de Gran Bretaña si no podía siquiera otorgar a Irlanda, la primera de todas las colonias, su propio Parlamento? Esta era la contradicción entre el unionismo y el nuevo imperialismo «constructivo» que Chamberlain y sus asociados parecían no ver. Es cierto que Chamberlain contempló la idea de dar a las islas británicas una constitución federal semejante a la de Estados Unidos, permitiendo que Irlanda, Escocia y Gales tuvieran sus propias legislaturas por separado; pero es difícil creer que se tomara estos planes en serio. De hecho, dada la relativa ignorancia de Chamberlain sobre Irlanda, es muy probable que su deseo de no dar cabida al autogobierno se debiera principalmente a que Gladstone lo hubiera defendido. La creencia fundamental de los unionistas era, según el disidente *tory* lord Randolph Churchill, que el autogobierno de Irlanda «hundiría un cuchillo en el corazón del imperio británico». En realidad, fue la posposición del autogobierno hasta 1914 lo que hundió un cuchillo en el corazón de Irlanda, ya que para entonces la oposición unionista en Ulster se había fortalecido hasta llegar a la resistencia armada.

Aun así, nada de esto disminuyó el atractivo de una Gran Bretaña ampliada dentro de la propia Gran Bretaña. Era parcialmente cuestión de atender los estrechos intereses económicos de los votantes. Para Chamberlain, ex industrial, el imperio significaba sobre todo la apertura de mercados de exportación y puestos de trabajo. En esto se le había anticipado en cierta medida Salisbury, que había pedido una audiencia en Limehouse en 1889 para «figurarse lo que Londres sería sin el imperio... un haz de multitudes, sin empleo, sin vida industrial, hundiéndose en la miseria y la decadencia». Pero Chamberlain llevó esta racionalización económica más allá. Como dijo a la Cámara de Comercio de Birmingham en 1896:

El Ministerio de Asuntos Exteriores y el Ministerio de las Colonias están principalmente dedicados a encontrar nuevos mercados y a defender los antiguos. El Ministerio de la Guerra y el Almirantazgo están principalmente ocupados en hacer preparativos para la defensa de esos mercados, y la protección de nuestro comercio [...] Por tanto, no es exagerado decir que el comercio es el mayor de todos los intereses políticos, y que el gobierno que merece más la aprobación popular es aquel que hace más para incrementar nuestro comercio y establecerlo sobre una base firme.

Era evidente para Chamberlain que «una gran parte de nuestra población depende [...] del intercambio de productos con nuestros súbditos coloniales». *Ergo*, todos debían ser imperialistas.

¿Era en realidad el imperio económicamente beneficioso para los votantes británicos? No era obvio que lo fuera. La mayoría de las personas, cuyos ahorros (si los tenían) se invertían por lo general en bonos del gobierno británico, a través de cajas de ahorros y otros intermediarios financieros, no disfrutaban de las ganancias de la inversión en ultramar. Asimismo, los costes de la defensa imperial, aunque no demasiado elevados, los asumían principalmente los contribuyentes británicos, y no los de las colonias blancas. Así pues, se puede sostener que los principales beneficiarios del imperio en ese momento fueron los súbditos británicos que emigraron a los dominios, los cuales, como hemos visto, fueron muchos. Cerca de dos millones y medio de ciudadanos británicos emigraron al imperio entre 1900 y 1914, tres cuartos de ellos a Canadá, Australia y Nueva Zelanda. En la mayoría de los casos, la emigración aumentó sustancialmente los ingresos y redujo la carga fiscal.

Sin embargo, para que fuera popular el imperialismo, no era preciso que diera beneficios; a muchos les bastaba con que fuera emocionante.

En total, hubo setenta y dos campañas militares británicas distintas durante el reinado de la reina Victoria, la llamada *pax britannica*, es decir, más de una al año. A diferencia de lo que ocurrió en el siglo xx, estos

conflictos involucraban relativamente a pocas personas. Las fuerzas armadas británicas durante el reinado de la reina Victoria representaban el 0,8 por ciento de la población, y los soldados provenían en distinta proporción de la periferia céltica o de los sectores urbanos marginados. Sin embargo, los que vivían más apartados de la primera línea imperial, ajenos a los disparos, a no ser contra las aves silvestres, se mostraban ansiosos de vivir sus propias gestas militares. La importancia del imperio como fuente de fruición, de pura gratificación psicológica no puede exagerarse.

Ningún medio estaba a salvo. De la pluma de G. A. Henty —que de Westminster, Gonville y Caius pasó a Crimea y Magdala— brotaban innumerables novelas con títulos como *By Sheer Pluck* y *For Name or Fame*. Henty, pese a ser un escritor mediocre de novela histórica, cuyas obras, de temática imperialista, se inspiraban en campañas militares relativamente recientes: *With Clive in India* (1884), *With Buller in Natal* (1901) y *With Kitchener in the Soudan* (1903), gozó de gran popularidad; en total el número de ventas de las novelas de Henty llegó a los veinticinco millones de ejemplares en la década de 1950. El torrente de versos inspirados en el imperio era igual de caudaloso. Desde el talento de Tennyson hasta los clichés de Alfred Austin y W. E. Henley, esta época se caracterizó por su «dicción pomposa»: uno de cada dos se declaraba poeta, a la búsqueda de la rima con «Victoria», sin caer en el tópico de «gloria».

La iconografía imperial no era menos ubicua, desde las batallas romantizadas plasmadas en el lienzo por lady Butler y exhibidas en nuevos museos grandiosos, hasta la ramplonería imperial que anunciaba artículos de consumo cotidiano. A los fabricantes del jabón Pears les agradaba especialmente este motivo imperial:

El primer paso para aligerar  
La carga del hombre blanco  
es enseñar las virtudes del aseo.

Jabón Pears

es un factor poderoso que ilumina los oscuros rincones  
de la tierra a medida que la  
civilización avanza a la vez que ocupa

el lugar más elevado entre las culturas de todas las naciones, es el jabón ideal para el aseo diario.

Este admirable producto era también, así se le decía al público, la «fórmula de la conquista británica»; su llegada a los trópicos había marcado «el nacimiento de la civilización». Otros anunciantes adoptaron la misma idea. Las píldoras azucaradas Parkinson eran «una gran posesión británica». La ruta tomada por lord Roberts desde Kimberley hasta Bloemfontein durante la guerra de los bóers supuestamente se deletreaba «Bovril». «Vamos a usar la lejía “Chlorinol” y ser como el negro De Blanco», decía una campaña publicitaria antes de 1914.

El imperio también proporcionaba temas para el teatro de variedades, considerado muchas veces como la institución más importante para promover el jingoísmo. En efecto, la palabra fue inventada por el compositor de canciones G. W. Hunt, cuya canción «By Jingo» fue cantada durante la crisis en Oriente de 1877-1879 por el artista G. H. Macdermott. Había variaciones infinitas del tema del heroico Tommy (soldado raso). Basta con una estrofa como ejemplo:

*Y sea que esté en la playa coral de la India,  
o derramando sangre en el Sudán,  
para mantener nuestra bandera ondeando,  
es un soldado y un hombre por los cuatro costados.*

El vínculo entre este tipo de diversión y el que ofrecían las grandes exposiciones imperiales del período era estrecho. Hacia la década de 1880, lo que antes había sido una propuesta internacional y educativa (el prototipo era la Gran Exposición del príncipe Alberto de 1851) se estaba volviendo un montaje de entretenimiento de carácter más imperial. En concreto, los espectáculos del empresario Imre Kiralfy —«Imperio de la India» (1885), «Super Gran Bretaña» (1899) y «La internacional imperial» (1909)—, fueron concebidos para embargar al público con la emoción de lo exótico: guerreros zulúes de carne y hueso fueron el plato fuerte de su exhibición de 1899. El imperio se convertía en circo.

Pero sobre todo fue a través de la prensa como el imperio logró llegar a un público masivo en la metrópoli. Con toda probabilidad, nadie supo comprender tan bien y satisfacer las ganas de un público ávido de historias entretenidas como Alfred Harmsworth; a partir de 1905, lord Northcliffe le haría sombra. Nacido en Dublín, Harmsworth aprendió su oficio en el pionero *Illustrated London News* e hizo fortuna aplicando el estilo de la revista ilustrada al mercado de la prensa diaria. Fotografías, titulares grandes, regalos e historias por entregas hicieron irresistiblemente atractivos el *Evening News* y más adelante *Daily Mail* y *Daily Mirror* a una nueva clase de lectores: hombres y mujeres de la clase media baja. Northcliffe enseguida descubrió la elasticidad de precios de la demanda de prensa, redujo el precio de *The Times* tras adquirirlo en 1908. Pero fue sobre todo la elección de contenidos lo que hizo que los titulares de Northcliffe vendieran. No era casual que el *Daily Mail* llegara a vender más de un millón de ejemplares en 1899, durante la guerra de los bóers. Tal y como uno de sus editores respondió a la pregunta de qué vende un periódico:

La primera respuesta es «guerra», que no solo crea una oferta de noticias sino también una demanda por ellas. Tan profunda es la fascinación por la guerra y todas las cosas que le conciernen que... un periódico solo tiene que poner un letrero que diga «Una gran batalla» para que aumenten sus ventas.

Otro empleado de Northcliffe consideraba «la profundidad y amplitud del interés del público en las cuestiones imperiales» como «una de las fuerzas más grandes, casi desaprovechada, a disposición de la prensa». «Si Kipling es llamado la voz del imperio en la literatura inglesa —añadió— [el *Daily Mirror*] puede justamente reclamar ser llamado la voz del imperio en el periodismo londinense». La receta de Northcliffe era sencilla: «El pueblo británico disfruta con un buen héroe y un buen motivo para odiar».

Desde sus primeros días los periódicos de Northcliffe se inclinaron hacia la derecha política; pero también era posible promover el imperio desde la izquierda. William Thomas Stead, que heredó *Pall Mall Gazette* del acérrimo partidario de Gladstone, John Morley, y después fundó la

*Review of Reviews*, decía ser un «imperialista más los diez mandamientos y el sentido común». Stead era un hombre muy pasional: la conferencia de paz de La Haya de 1899 obtuvo su respaldo, al igual que la idea de una moneda común europea, y la lucha contra «la trata de blancas» (expresión victoriana para referirse a la prostitución), pero su premisa fundamental era que «el progreso del mundo» dependía de la conducta del imperio británico. A ojos de hombres como Stead, el imperio era algo que trascendía la política de los partidos.

Otro factor trascendente era la edad, pues entre los más entusiastas lectores de prensa imperialista se contaban los escolares; muchas generaciones se educaron con *Boys' Own Paper* (BOP) fundado en 1879 por la Religious Tract Society. Junto con su cabecera gemela *Girls' Own Paper*, el BOP llegó a tener una tirada de más de medio millón de ejemplares, y ofrecía a sus jóvenes lectores una serie de historias entretenidas ambientadas en las fronteras coloniales. Sin embargo, para algunos estas revistas no eran suficientemente abiertas en sus propósitos: de ahí la aparición de *Boys of the Empire* en octubre de 1900, que trataba de adoctrinar a los jóvenes lectores de modo más sistemático con artículos del tipo «Cómo ser fuerte», «Héroes del imperio», y «Donde los cachorros del león se educan: Australia y sus escuelas». Esta última se puede considerar como bastante representativa del tono y las premisas principales de este tipo de publicaciones:

El problema nativo no ha sido nunca grave en [...] Australia [...] Los aborígenes han sido expulsados y están desapareciendo rápidamente [...] Las escuelas australianas no son mitad blancas y mitad negras, ni se puede aplicar el término «tablero de ajedrez» a ninguno de los comedores de un colegio australiano, como ha sido el caso de al menos un colegio mayor de las antiguas universidades de Oxford y Cambridge.

La misma edición de la revista informaba de una competencia de la «Liga imperial de jóvenes»<sup>[12]</sup> que prometía:

Un nuevo comienzo en una finca en el Oeste [...] para los dos jóvenes cada año que obtengan las notas más altas en el examen.

Los premios incluyen gratuitamente el equipo, el pasaje y la colocación con un agricultor seleccionado en el noroeste de Canadá.

Los heroicos arquetipos de este imperialismo popular (y muchos de sus consumidores) no eran hombres del pueblo; antes bien, eran miembros de la élite culta en los exclusivos colegios privados de Gran Bretaña. Como máximo estos centros podían dar cabida a unos veinte mil estudiantes al año (poco más de 1 por ciento de los jóvenes de entre quince y diecinueve años en 1901). Sin embargo, muchos jóvenes que estaban al margen de ese sistema educativo no habían mostrado dificultades a la hora de identificarse con esas aventuras de ficción. Esto quizá se debía, como innumerables autores de estas novelas dejaron claro que lo que movía a los pupilos de escuelas privadas a acciones heroicas en nombre del imperio no lo aprendían en las aulas, sino que lo aprendían en el terreno deportivo.

Visto desde este ángulo, el imperio británico de la década de 1890 se asemejaba a un gran complejo deportivo. La caza continuaba siendo el deporte favorito de la clase alta, pero ahora se practicaba como una guerra de aniquilación contra los animales, pues el número de los que eran cazados crecía exponencialmente desde los páramos escoceses hasta las selvas indias.<sup>[13]</sup> A modo de ejemplo, el virrey lord Minto y su séquito durante 1906 cazaron 1.999 gangas, 2.827 aves, cincuenta osos, catorce cerdos, dos tigres, una pantera y una hiena. También se comercializó la caza, convirtiéndose en algunas colonias en una especie de turismo armado. A lord Delamere le parecía que atraer turistas ricos a África Oriental era el único modo de hacer dinero con el ferrocarril Mombasa-Uganda, famoso por su falta de rentabilidad.

Sin embargo, fueron los juegos en equipo los que hicieron realidad el ideal de una Gran Bretaña ampliada. El fútbol, juego de caballeros jugado por patanes, fue desde luego el producto recreativo de exportación con más éxito. Pero también era un deporte poco selecto, que atraía a todos, desde la

clase trabajadora, políticamente sospechosa, hasta los más sospechosos alemanes; de hecho, a todos, excepto a los estadounidenses.<sup>[14]</sup> Si había un deporte que sintetizaba \* el nuevo espíritu de la Gran Bretaña ampliada era el rugby, juego de patanes jugado por caballeros. De gran exigencia física, el rugby era un juego de equipo que se adoptó rápidamente en todo el imperio «blanco», desde Ciudad del Cabo a Canberra. Ya en 1905 los All Blacks de Nueva Zelanda hicieron una gira por todo el imperio por primera vez, ganando a todos excepto a Gales (que los vencieron en el primer encuentro). Probablemente habrían seguido derrotando a todas las colonias «blancas», de no ser por el veto impuesto por Sudáfrica a la participación de jugadores maoríes.

Sin embargo fue el críquet, con su ritmo sutil y prolongado, su espíritu de equipo en la recepción y su heroísmo solitario en la devolución, el juego que consiguió trascender las divisiones raciales propagándose no solo en las colonias blancas sino en el subcontinente indio y en el Caribe británico. El críquet se había jugado en el imperio desde principios del siglo XVIII, y a finales del siglo XIX se institucionalizó como el juego imperial por antonomasia. En 1873-1874 el gigante del críquet inglés, W. G. Grace, presidió un equipo mixto de aficionados y profesionales en Australia, que ganaron fácilmente quince partidos en tres días. Pero cuando un equipo profesional volvió a jugar en la que normalmente se considera como la primera competición internacional en Melbourne, en mayo de 1877, los australianos ganaron con cuarenta y cinco carreras. Lo peor estaba por venir cuando los australianos jugaron en el Oval en 1882, y obtuvieron la victoria que inspiró la famosa esquila funeraria en el *Sporting Times* que decía: «En recuerdo afectuoso del críquet inglés que murió en el Oval el 29 de agosto de 1882, profundamente lamentado por un amplio círculo de amigos y allegados. RIP. N. B. El cuerpo será incinerado y las cenizas llevadas a Australia».

En los años siguientes, el hábito inglés de perder ante los equipos de las colonias contribuiría a unir más a la Gran Bretaña ampliada. Instituciones como la Imperial Cricket Conference, que se reunió por primera vez en 1909 para unificar las reglas del juego, fueron cruciales para la formación

de un sentimiento de identidad imperial colectivo, como cualquier cosa que Seeley escribiera o Chamberlain dijera.

Quizá fue Robert Stephenson Smyth Baden-Powell (Stephe para sus amigos) el arquetipo del imperialismo en el campo deportivo. Baden-Powell pasó inexorablemente del éxito deportivo en Charterhouse, donde fue capitán del primer equipo de fútbol, a una carrera militar en India, Afganistán y África. Como veremos más adelante, compararía el sitio más famoso de la época a un partido de críquet. Y finalmente codificaría el *ethos* de finales del imperio en los preceptos del movimiento que fundó de los *Boy Scouts*, otro producto de exportación con mucho éxito que buscaba hacer del espíritu de equipo del campo deportivo todo un estilo de vida:

«Todos somos británicos, y es nuestro deber que cada uno juegue en su puesto y ayude a su prójimo. Así nos mantendremos fuertes y unidos y después no *habrá* miedo de que todo el edificio —a saber, nuestro gran imperio— se derrumbe debido a los ladrillos podridos en los muros [...] «El país primero, yo después», ese debe ser nuestro lema.

Lo que esto significaba en la práctica se ve claro en la lista de honor del colegio donde estudió Baden-Powell: los muros del claustro principal en Charterhouse están llenos de recordatorios de guerra de campañas semiolvidadas, desde Afganistán hasta Omdurman, donde figuran las listas de los nombres de cientos de jóvenes colegiales que «participaron en el juego»<sup>[15]</sup> y que lo pagaron con la vida.

¿Qué pasaba con el otro bando de este gran juego imperial? Si los británicos eran, como Chamberlain y Milner creían, la raza superior, con el derecho divino a dominar el mundo, parecía derivarse lógicamente que sus contrincantes eran inferiores por naturaleza. ¿No era esta la conclusión a la que llegaba la misma ciencia, cada vez más reconocida como la autoridad en estas cuestiones?

En 1863, en Newcastle, el doctor James Hunt había dejado consternada a la audiencia de una reunión de la British Association for the Advancement of Science, al afirmar que los «negros» eran una especie separada de seres humanos, a medio camino entre el mono y el «hombre europeo». En opinión de Hunt, el «negro» se hacía «más humanizado cuando se mantenía en un estado de subordinación natural al europeo», pero concluía con pesar que «la civilización europea no [era] adecuada para el carácter ni las necesidades del negro». Según un testigo presencial, el viajero africano Winwood Reade, la conferencia de Hunt fue de mal en peor, por lo que fue abucheado por algunos miembros de la audiencia. Sin embargo, al cabo de una generación, tales opiniones se habían convertido en dogmas. Influenciados por la obra de Darwin (aunque distorsionada hasta hacerla irreconocible), los pseudocientíficos del siglo XIX dividieron la humanidad en «razas» sobre la base de los rasgos físicos externos, clasificándolas según las diferencias heredadas no solo físicas sino también anímicas. Los anglosajones obviamente se hallaban en la cúspide, y los africanos en la base. La obra de George Combe, autor de *A System of Phrenology* (1825), era típica en dos aspectos: la forma en que se representaban las diferencias raciales, y el modo fraudulento en que trataba de explicarlas:

Cuando contemplamos diversas partes del mundo [escribía Combe] nos sorprendemos por la gran diversidad en los resultados de las variedades de hombres que las habitan [...] La historia de África, hasta donde se puede decir que África tiene una historia... muestra un escenario de desolación moral e intelectual ininterrumpida [...] El negro, fácilmente impresionable, es víctima de todas las pasiones en grado sumo [...] Para el negro, evitar tan solo el dolor y el hambre, es naturalmente un estado de felicidad. Tan pronto como interrumpe sus tareas por un momento, se pone a cantar, coge un violín, baila.

La explicación de este atraso, según Combe, era la peculiar forma del «cráneo del negro»: «Los órganos de la veneración, la curiosidad y la esperanza... son de tamaño considerable. Las más grandes deficiencias

residen en la meticulosidad, la cautela, la ideación y la reflexión». Tales ideas tuvieron mucha influencia. La idea de un inextricable «instinto racial» se convirtió en un elemento fundamental de los escritos de finales del siglo XIX y principios del siglo XX (como en el relato de Cornelia Sorabji sobre una educada doctora india que voluntariamente se somete a la ordalía del fuego en un rito pagano y acaba muriendo; o la historia de lady Mary Anne Barker, sobre cómo su niñera zulú regresaba al salvajismo cuando volvía a su aldea, o en «The Pool», de W. Somerset Maugham, en el que un desventurado empresario de Aberdeen trata en vano de occidentalizar a su novia medio samoana).

La frenología, entre otras, no era la única disciplina propensa a legitimar los supuestos de la diferencia racial que hacía tiempo solían ser habituales entre los colonos blancos. Incluso más insidioso, por ser intelectualmente más riguroso, era el mejunje científico llamado «eugenesia». El matemático Francis Galton, en su libro *Hereditary Genius* (1869), fue el que promovió las ideas de que «las habilidades naturales de unos hombres provienen de la herencia genética»; que «de dos variedades de cualquier raza o animal que están igualmente dotadas en los demás aspectos, la variedad más inteligente es la que con seguridad prevalecerá en la lucha por la vida»; y que en una escala de dieciséis puntos de inteligencia racial, un «negro» está dos grados por debajo de un inglés.<sup>[16]</sup> Galton trató de validar sus teorías utilizando fotomontajes para distinguir los tipos criminales y demás degenerados. Sin embargo, Karl Pearson, matemático formado en Cambridge que en 1911 se convirtió en el primer profesor de la cátedra Galton en el colegio universitario de Londres, hizo un desarrollo de la teoría más sistemático. Matemático brillante, Pearson se convenció de que sus técnicas estadísticas (a las que llamaba «biometría») podían emplearse para demostrar el peligro que la degeneración racial significaba para el imperio. El problema que esa mejora de la provisión de bienestar y salud en la metrópoli estaba interfiriendo con el proceso de selección natural, permitiendo que sobrevivieran individuos genéticamente inferiores, y «propagaran su ineptitud». «El derecho a vivir no comporta el derecho de todo hombre a reproducirse», sostuvo en *Darwinism, Medical Progress and Parentage* (1912): «Mientras más rebajamos la dureza de la selección natural, y

sobreviven cada vez más los débiles y los ineptos, debemos aumentar el nivel mental y físico requerido para la procreación».

Sin embargo, había una alternativa a la intervención del Estado en las opciones reproductivas: la guerra. Para Pearson, así como para muchos otros darwinistas sociales, la vida era una lucha, y la guerra era algo más que un juego, una forma de selección natural: «El progreso nacional depende de la aptitud racial y la prueba suprema de esa aptitud es la guerra. Cuando la guerra cese, la humanidad ya no progresará pues no habrá nada que controle la fertilidad del individuo inferior».

Obviamente esto hacía del pacifismo un credo particularmente perverso. Pero, por suerte, con un imperio siempre en expansión no había escasez de pequeñas guerras contra enemigos racialmente inferiores. Resultaba gratificante pensar que al asesinarlos con sus ametralladoras Maxim, los británicos contribuían al progreso de la humanidad.

Es necesario subrayar una última rareza. Si los darwinistas sociales se preocupaban de que una clase subalterna inferior se reprodujera rápidamente, decían muy poco sobre los esfuerzos procreadores de aquellos hombres a quienes se consideraba que ocupaban la cúspide de la escala evolutiva. A falta de supervivientes de la antigua Atenas, lo más selecto de la especie humana se encontraba obviamente en la clase de los oficiales británicos que conjugaban en su persona un excelente pedigrí con la exposición constante a la forma marcial de selección natural. En una novela de la época se recreaban muchos personajes de este tipo: Leo Vencey en *She*, de Henry Rider Haggard, guapo, valiente y no demasiado brillante, que «a los veintiún años podría haber pasado por una estatua del joven Apolo»; o lord John Roxton en *El mundo perdido*, de Arthur Conan Doyle, con sus «extraños ojos azules, brillantes y fríos como un lago glacial», por no hablar de

la nariz aguileña, las mejillas hundidas, el cabello oscuro... Era la encarnación del caballero rural inglés, amante de los perros, del aire libre, agudo y atento. Su piel tenía una rica gama tostada por el sol y el viento. Sus cejas pobladas y sobresalientes daban a sus ojos naturalmente fríos un aspecto feroz, una impresión acentuada por el

ceño fuerte y fruncido. Su figura era enjuta, pero de compleción fuerte; de hecho, a menudo había probado que había pocos hombres en Inglaterra capaces de tanto esfuerzo constante.

Sin duda esa clase de hombres existieron. Sin embargo, un alto porcentaje de ellos hizo solo una pequeña contribución, si es que la hicieron, a la reproducción de la raza que ellos encarnaban, por la sencilla razón de que eran homosexuales.

Debe trazarse cuidadosamente una división entre los hombres que, dadas su educación y la forma de vida en instituciones casi exclusivamente masculinas, se inclinaban a una cultura del homoerotismo y estaban condenados a tener dificultades con las mujeres, y los que eran pederastas en activo. A la primera categoría probablemente pertenecieron Rhodes, Baden-Powell y Kitchener (de quien hablaremos más adelante), y a la segunda Héctor Macdonald.

Al igual que la relación de Rhodes con su secretario personal Neville Pickering, el intenso vínculo amistoso de Baden-Powell con Kenneth «The Boy» McLaren, oficial del 13.º regimiento de húsares, en realidad nunca fue consumada físicamente. Lo mismo vale sin duda para la amistad de Kitchener con su ayudante Oswald Fitzgerald, su compañero inseparable durante nueve años. Cada uno de estos hombres, tan varoniles en público, podían ser extraordinariamente afeminados en privado; por ejemplo, Kitchener compartía con su hermana Millie la afición a los tejidos delicados, los arreglos florales y la porcelana fina, y durante sus campañas en el desierto buscaba tiempo para escribirle sobre decoración interior. Pero eso, amén de unos cuantos chismes maliciosos de salón, no era suficiente para tildarlo de «gay». Los tres mostraban síntomas de una clara represión, algo incomprensible para la mentalidad de principios del siglo XXI, pero clave para entender el excesivo rendimiento Victoriano. La niñera de Kitchener, que para nada pertenecía a la escuela freudiana, lo detectó enseguida: «Temo que Herbert sufrirá mucho debido a su represión», dijo después de que él ocultara una herida a su madre. Ned Cecil también acertó cuando observó que Kitchener «detestaba cualquier forma de desnudez moral o mental».

Macdonald era un caso muy diferente. Hijo de un campesino escocés de Ross-shire, era raro por haber comenzado su carrera como soldado raso en los Gordon Highlanders y haber alcanzado el grado de general de división con título de caballero. Distinguido desde el comienzo por su valentía a menudo temeraria, la vida privada de Macdonald era también temeraria aunque de distinto modo. Si bien se casó y tuvo un hijo, lo hizo en secreto y no vio a su esposa más de cuatro veces después de la boda; en ultramar, sin embargo, era muy proclive a las aventuras homosexuales y finalmente fue sorprendido *in fraganti* con cuatro chicos en el compartimiento de un ferrocarril cingalés. Mientras la Gran Bretaña victoriana se volvía cada vez más mojigata, y las leyes contra la sodomía se aplicaban con más severidad, el imperio ofrecía a homosexuales como «Fighting Mac» experiencias eróticas ilimitadas. Otro fue Kenneth Searight: antes de salir de Inglaterra a los veintiséis años de edad solo había tenido tres amantes, pero una vez en la India encontró una variedad mucho más amplia y relató sus aventuras sexuales en verso.

## DEVASTACIÓN EXCESIVA

Lo ocurrido en el Sudán el 2 de septiembre de 1898 representó el cénit del imperialismo Victoriano tardío, el apogeo de una generación que consideraba la dominación mundial como una prerrogativa racial. En la batalla de Omdurman se enfrentó un ejército de tribus del desierto contra todo el poderío militar del imperio más grande de la historia del mundo, pues, a diferencia de las guerras anteriores financiadas con capital privado en África Meridional y Occidental, esta era una guerra oficial. En una sola batalla, fueron aniquilados como mínimo diez mil enemigos del imperio, pese a su gran ventaja numérica. Como en el poema «Vitai Lampada» de Newbolt, la arena del desierto estaba «empapada de sangre». Omdurman fue el *summum* de la devastación imperial.

Una vez más, los británicos fueron empujados a ampliar el imperio por una combinación de cálculos estratégicos y económicos. El avance en el Sudán fue parcialmente una reacción a las ambiciones de otras potencias

imperiales, en concreto los franceses, que tenían los ojos puestos en la cuenca alta del Nilo, y también atraía a banqueros de la City como los Rothschild, que ya tenían inversiones sustanciales en el vecino Egipto. Pero la opinión pública británica no lo veía de esa manera. Para los lectores del Pall Mall Gazette, que mostraron mucho interés por el tema, la subyugación del Sudán era una cuestión pura y simplemente de venganza.

Desde principios de la década de 1880, el Sudán había sido escenario de una revolución religiosa. Un hombre santo con gran carisma que aseguraba ser el mahdi (el «caudillo esperado», el último de la serie de doce grandes imanes) había organizado un enorme ejército de derviches, de cabezas rapadas, y vestidos simplemente de jibbeh, dispuestos a luchar por el credo wahabista del islam. Con el apoyo de las tribus del desierto, el mahdi desafió abiertamente el poder del Egipto ocupado por los británicos. En 1883 sus fuerzas incluso se atrevieron a liquidar, sin dejar ni uno vivo, a diez mil hombres del ejército egipcio comandado por el coronel William Hicks, oficial británico retirado. Tras una agresiva campaña periodística dirigida por W. T. Stead, se decidió enviar al general Charles George Gordon, que había pasado seis años en Jartum como gobernador del jedive egipcio de «Ecuatoria» durante la década de 1870. Aunque era un veterano condecorado de la guerra de Crimea y comandante del ejército chino que aplastó la rebelión de Taiping en 1863-1864, los políticos británicos siempre lo habían considerado, no sin cierto fundamento, un pelín chiflado. <sup>[17]</sup> Ascético hasta el masoquismo y caracterizado por una religiosidad fanática, Gordon se consideraba a sí mismo un instrumento de Dios, como explicaba a su querida hermana:

A cada uno se le da una tarea distinta, a cada uno una meta distinta; a algunos el asiento a la derecha o a la izquierda del Salvador... Es difícil para la carne aceptar: «Estamos muertos, no tenemos nada que ver con el mundo». ¡Cuán difícil es para uno ser circuncidado del mundo, ser indiferente a sus placeres, sus penas, sus consuelos, como lo está un cadáver! Eso es conocer la resurrección.

«Hace mucho que he muerto», le dijo en otra ocasión, y también: «Estoy preparado para la apertura del libro». Encargado de la evacuación de las tropas egipcias de Jartum, partió solo, resuelto a hacer lo contrario y preservar la ciudad. El 18 de febrero de 1884, decidido a «aplantar al mahdi», acabó siendo rodeado, sitiado —apenas un año después de su llegada—, apresado y descuartizado.

Mientras vagaba por Jartum, Gordon había confesado en su diario su creciente sospecha de que el gobierno de Londres lo había dejado colgado. Imaginaba al secretario de Exteriores, lord Granville, quejándose mientras el sitio se alargaba:

¡Vaya! ÉL *dijo claramente* que solo podría aguantar seis meses, y eso fue en marzo (cuenta los meses), ¡ya estamos en agosto! ¡Vaya, debería darse por vencido! ¿Qué hacer? Estarán reclamando a gritos una expedición [...] No es cosa de broma; ¡ese abominable mahdi! ¿Por qué diantre no vigila mejor los caminos? ¿Qué HACER? [...] No puedo saber lo que está planeando el mahdi. ¿Por qué no sitúa todos sus cañones a la orilla del río y corta la ruta? Eh, ¿qué? «¡Tenemos que marchar a Jartum!» ¡Anda! Costará millones, ¡qué desastre!

Gordon vilipendió más si cabe al agente y cónsul general británico en Egipto, sir Evelyn Baring, que se había opuesto a su misión desde el comienzo. En su paranoia había una pizca de realismo. Gladstone, incómodo aún por haber ordenado la ocupación de Egipto, no tenía intención de verse obligado a ocupar Sudán. Repetidamente hizo caso omiso de las sugerencias de que debía rescatar a Gordon y autorizó el despacho de una expedición de ayuda de sir Garnet Wolseley tras muchos meses de evasivas. Llegó tres días tarde. Para entonces los lectores de *Pall Mall Gazette* habían acabado por compartir las sospechas de Gordon. Cuando llegaron las noticias de su muerte a Londres hubo una gran protesta. La reina en persona escribió a la hermana de Gordon:

Pensar que su amado, noble y audaz hermano, que sirvió a su país y a su reina, tan sincera y heroicamente, con una abnegación tan edificante para el mundo, no fue auxiliado. Que las promesas de ayuda no fueron cumplidas —por las que yo insistía constantemente ante los que le pidieron que marchara—, me produce una pena inexpresable. De hecho, me he sentido mal [...] ¿Transmitiría usted a sus demás hermanas y a su hermano mayor mi sincera amistad, y lo que yo realmente siento, la mácula que para Inglaterra ha sido el destino, cruel, aunque heroico, de su querido hermano?

Gladstone fue injuriado, de ser el «vejestorio», pasó a ser el «único asesino de Gordon». Sin embargo, hasta al cabo de trece años Gordon no fue vengado.

El ejército angloegipcio que invadió Sudán en 1898 estaba comandado por el general Herbert Horatio Kitchener. Tras una apariencia de crueldad militar prusiana, como hemos visto, Kitchener era un tipo complejo, llegando incluso a ser afeminado. No carecía de sentido del humor: aquejado por la miopía toda la vida, tenía tan mala puntería que llamó a sus perros de caza Bang, Miss y Damn. El ascetismo de Gordon lo atrajo cuando, siendo un joven y preocupado soldado cristiano, lo conoció brevemente en Egipto. El pensamiento de vengar a Gordon hizo que Kitchener se endureciera. Tras haber sido oficial subalterno en la primera fuerza invasora de Wolseley, ahora que era *sirdar* (comandante en jefe) del ejército egipcio conocía bien el territorio. Cuando dirigió su fuerza expedicionaria al sur hacia los desiertos, solo tenía un pensamiento: saldar su deuda con Gordon, o, mejor dicho, hacer que los asesinos de Gordon la saldaran. Posiblemente el mismo mahdi ya había muerto, pero los pecados del padre podían recaer sobre su heredero, el califa.

En Omdurman, a orillas del Nilo, se enfrentaban dos civilizaciones: por un lado, una horda de fundamentalistas islámicos que habitaban en el desierto; y por otro, los soldados cristianos bien preparados de la Gran Bretaña en su máxima expansión, junto con auxiliares sudaneses y egipcios. Incluso el modo en que se formaron los dos bandos reflejaba la diferencia que había entre ellos. Los derviches, cerca de cincuenta y dos mil, estaban

dispersos por toda la llanura formando una fila de ocho kilómetros de largo. Los hombres de Kitchener, solo veinte mil, estaban formados hombro con hombro en los habituales escuadrones, de espaldas al Nilo. Observando la escena desde las líneas británicas, se hallaba Winston Churchill, oficial del Old Harrovian que se suponía debía estar en la India, pero había logrado pasar a la expedición de Kitchener como corresponsal de guerra del *Morning Post*, cargo equivalente al de capitán de caballería. Cuando amaneció, vio por primera vez al enemigo:

De repente me percaté de que todas las masas se movían y avanzaban rápidamente. Sus emires galopaban delante. Los exploradores y vigías se dispersaban por todo el frente. Entonces comenzaron a gritar. Estaban todavía a más de un kilómetro de la colina, y se ocultaban del ejército del *sirdar* por las dunas del terreno. Las tropas cercanas al río escuchaban, aunque débilmente, el griterío. Pero para nosotros que observábamos desde la colina, un inmenso rugido llegaba en oleadas de sonido intenso, como el tumulto del viento y el mar que se levantan antes de una tormenta [...] Una roca, una duna tras otra quedaron sumergidas por esa marea humana. Era tiempo de marchar.

El coraje de los derviches impresionó profundamente a Churchill: se basaba en una ardiente fe religiosa: el grito que escuchaba era «No hay más Dios que Alá, y Mahoma es su profeta». La batalla tampoco carecía de riesgos para los rivales. En efecto, hubo un momento al final del día en que una rápida acción realizada en contra de las órdenes del *sirdar*, impidió que los británicos sufrieran bajas más graves. Sin embargo, al final, los derviches no tenían posibilidades contra lo que Churchill llamó, con mucha ironía, «esa mecánica distribución de muerte que las naciones cultas han llevado a una monstruosa perfección». Los británicos tenían ametralladoras Maxim, rifles Martini-Henry, heliógrafos, y en el río, tras las fuerzas británicas, cañoneras. Es cierto que los derviches poseían también unas cuantas Maxim, pero la mayoría llevaban mosquetes anticuados, sables y espadas. Churchill describió vívidamente el inevitable resultado:

Las ametralladoras Maxim agotaron toda el agua de sus dispositivos de enfriamiento, y varias tuvieron que ser enfriadas con las botellas de agua de los Cameron Highlanders antes de que pudieran continuar con su mortífera obra. Los cartuchos vacíos rebotaban en el suelo formando montoncitos que iban creciendo junto a cada hombre. Y todo el tiempo, al otro lado de la llanura, los proyectiles desgarraban la carne, rompiendo y quebrando huesos; la sangre brotaba de heridas terribles; hombres valientes luchaban contra un infierno de metal sibilante, bombas que estallaban y rachas de polvo, sufrimiento, desesperación, agonía [...] Los derviches, a la cabeza, se hundieron en montones confusos. Las masas en la retaguardia se detuvieron, vacilantes.

Todo terminó en cinco horas.

Se estima que el ejército de los derviches sufrió casi un 95 por ciento de bajas; por lo menos una quinta parte de sus miembros fueron asesinados nada más empezar. En cambio, hubo menos de cuatrocientas bajas en el bando angloegipcio, y solo cuarenta y ocho soldados británicos perdieron la vida. Al inspeccionar el campo después de la batalla, Kitchener afirmó lacónicamente que el enemigo había recibido «un buen rapapolvo». Tampoco esto lo dejó satisfecho, pues ordenó la destrucción de la tumba del mahdi y, según contó Churchill, «llevó la cabeza del mahdi en una lata de queroseno como trofeo». Después derramó unas cuantas lágrimas sensibleras cuando las bandas militares congregadas allí tocaron una especie de concierto al aire libre, con un programa que contenía una gama condensada de la emoción victoriana:

«God Save The Queen».

El himno del jedive.

La marcha fúnebre de Saúl.

La marcha del Escipión de Handel («Tañido por los valientes»)  
(todas interpretadas por la banda de los guardias granaderos)

«Coronach Lament» (ejecutada por la banda de gaitas de los Cameron y Seaforth Highlanders).

«Abide with Me» (ejecutada por la banda del 11.º del Sudán).

En privado, Churchill lamentó no solo la profanación de los restos del mahdi, sino también «el trato inhumano de los heridos» (de lo cual consideraba responsable a Kitchener). Se quedó muy impresionado del modo como la potencia de fuego británica había reducido a los hostiles guerreros derviches a meros «trozos sucios de periódico» hechos jirones en la llanura. Sin embargo, para la opinión pública dijo que Omdurman era «el triunfo más emblemático nunca conseguido por las armas de la ciencia contra los bárbaros». Cincuenta años después, tras aniquilar la aviación japonesa en las islas Marianas, los estadounidenses llamarían *turkey shoot* a este tipo de acción que destruía totalmente las fuerzas enemigas.



**Derviches muertos tras Omdurman, 1898.**

La de Omdurman parecía ser la vieja y clara lección de que nadie desafiaba impunemente el poder británico. Sin embargo, se podía extraer otra lección. Ese día el mayor Von Tiedemann, agregado militar alemán, observaba la batalla con atención y tomó debida nota del impacto

destrutivo de las ametralladoras Maxim, que, según cálculos de un observador, habían causado tres cuartos de las bajas de los derviches. Para Tiedemann la verdadera lección era obvia: el único modo de vencer a los británicos era equiparando su poderío de fuego.

Los alemanes no habían tardado en apreciar el potencial bélico ganador de la Maxim. Guillermo II había presenciado una demostración de la ametralladora en 1888 y había comentado sencillamente: «Esa es el arma, no hay otra». En 1892, mediante las gestiones de lord Rothschild, se concedió una licencia al fabricante de armas y herramientas berlinés Ludwig Loewe para que fabricara ametralladoras Maxim para el mercado alemán. Después de la batalla de Omdurman se tomó la decisión de dar a cada batallón de cazadores del ejército alemán una batería de cuatro ametralladoras Maxim. Hacia 1908 la Maxim era el arma reglamentaria para todo regimiento de infantería alemán.

A finales de 1898 solo había una tribu en Sudáfrica que todavía desafiaba el poder del imperio británico. Habían ya marchado miles de kilómetros hacia el norte para escapar de la influencia británica en El Cabo; habían luchado ya contra los británicos antes para defender su independencia, infligiéndoles una grave derrota en la colina de Majuba en 1881. Era la única tribu blanca de Sudáfrica: los bóers, agricultores que descendían de los primeros colonos holandeses de El Cabo.

Para Rhodes, Chamberlain y Milner, el espíritu de independencia de los bóers era intolerable. Como siempre, los cálculos británicos eran estratégicos y económicos. Pese a la creciente importancia del canal de Suez para el comercio británico con Asia, El Cabo seguía siendo una base militar de «gran importancia para Gran Bretaña» (Chamberlain) por la sencilla razón de que el canal podía ser cerrado en el caso de una gran guerra europea. Desde el punto de vista del ministro de las Colonias, seguía siendo «la piedra angular de todo el sistema colonial británico». Al mismo tiempo, no carecía de importancia el que una república bóer poseyera uno de los más grandes yacimientos auríferos del mundo. Hacia 1900 el Rand estaba produciendo un cuarto de la oferta de oro mundial y había absorbido

más de ciento catorce millones de libras de capital principalmente británico. De ser un pobre páramo, el Transvaal estuvo a punto de convertirse de repente en el centro de gravedad de África del Sur. Pero los bóers no veían ninguna razón por la que compartir su poder con las decenas de miles de inmigrantes británicos, los *uitlanders*, que hormigueaban en el país para lavar oro. Tampoco aprobaban el modo, un poco más liberal, con que los británicos trataban a la población negra de la colonia de El Cabo. A los ojos de su presidente, Paul Kruger, el modo de vida estrictamente calvinista de los bóers era simplemente incompatible con el dominio británico. El problema para los británicos era que esta tribu africana parecía distinta de todas las demás, aunque la diferencia residiera menos en el hecho de que fueran blancos que en el hecho de que estuvieran bien armados.

Difícilmente se puede negar que Chamberlain y Milner provocaron la guerra de los bóers, creyendo que podrían intimidarlos rápidamente para que cedieran su independencia. Su exigencia de que se diera el voto a los *uitlanders* a los cinco años de residencia en el Transvaal («Autogobierno para el Rand», fue la hipócrita frase de Chamberlain) era tan solo un pretexto. La verdadera intención de la política británica se reveló por los esfuerzos realizados para impedir que los bóers consiguieran una vía ferroviaria con la costa a través de la bahía Delagoa, controlada por los portugueses, lo cual los habría liberado a ellos y a las minas de oro de la dependencia del ferrocarril británico que venía de El Cabo. A toda costa, incluso pagando el precio de una guerra, los bóers debían dejar de ser independientes.



**Spion Kop, 1900.**

Chamberlain confiaba en la victoria: ¿no tenía ya ofertas de ayuda militar de Victoria, Nueva Gales del Sur, Queensland, Canadá, África Occidental y los estados malayos?<sup>[18]</sup> Como observó mordazmente el irlandés John Dillon, se trataba del enfrentamiento del «imperio británico contra treinta mil agricultores». Pero los bóers tuvieron mucho tiempo para prepararse para la guerra. Incluso desde 1895, cuando el amigo de Rhodes, el doctor Leander Starr, dirigió su fracasada «incursión» en el Transvaal, estaba claro que era inminente un enfrentamiento. Dos años después del nombramiento de Milner como alto comisionado para Sudáfrica, envió otra señal inequívoca: su opinión era que no podía haber sitio en Sudáfrica para «dos sistemas políticos y sociales absolutamente opuestos». Los bóers se pertrecharon debidamente con el más moderno armamento: ametralladoras Maxim, por supuesto, pero también una gran cantidad de artillería que pudieron comprar a la compañía Krupp de Essen, así como cartuchos para los rifles Mauser último modelo, precisos a una distancia superior a casi doscientos metros. Su estilo de vida los había hecho excelentes tiradores;

además, ahora estaban bien armados. Y por supuesto conocían el terreno mucho mejor que los *rooinekke* («cuellos rojos» [paletos] en afrikaans, en referencia a la piel tostada por el sol de los soldados rasos británicos). Hacia la Navidad de 1899, los bóers habían irrumpido con fuerza en territorio británico. Esta vez, parecía, los patos estaban devolviendo los tiros. Y nada demostró mejor la puntería de sus disparos que lo que ocurrió en Spion Kop.

El general sir Redvers Buller (pronto apodado «sir Reverse»<sup>[\*]</sup>) fue enviado para auxiliar a doce mil soldados británicos sitiados por los bóers en Ladysmith, en la provincia británica de Natal. A su vez Buller encargó al teniente general sir Charles Warren la tarea de romper las defensas de los bóers en las faldas de la montaña llamada Spion Kop. El 24 de enero de 1900 Warren ordenó que una fuerza mixta de Lancasters y uitlanders escalara la empinada y rocosa falda de la montaña cubiertos por la noche y la niebla. Solo encontraron una patrulla enemiga que logró escapar; parecía que los bóers habían cedido la montaña sin luchar. Envueltos por la densa niebla de la mañana, los británicos cavaron una trinchera poco profunda, confiados en que habían conseguido una fácil victoria. Pero Warren se había equivocado al interpretar el terreno. La posición británica quedaba totalmente expuesta a la artillería y a los rifles de los bóers apostados en las montañas circundantes; de hecho, los británicos ni siquiera alcanzaron la cumbre del Spion Kop. Cuando se despejó la niebla, comenzó la matanza. Esta vez los británicos fueron el objetivo:



**Churchill de camino a Inglaterra, 1899.**

Una vez más Churchill presenció la batalla como corresponsal de guerra. El contraste entre esta debacle y las escenas que había visto en Omdurman hacía solo diecisiete meses difícilmente podía ser más absoluto. Las balas de los bóers llovían de «siete a ocho por minuto», solo podía contemplar con horror cómo «el ancho y continuo río de heridos fluía hacia la retaguardia. Un tropel de carros de ambulancia se apiñaba al pie de la montaña. Los muertos y los heridos, aplastados y desgarrados por las bombas, se amontonaban en la cumbre en un fétido caos ensangrentado». Las escenas de Spion Kop, confesó en una carta a un amigo, «fueron las más extrañas y terribles que nunca he visto». Y eso que Churchill no estaba en el ojo de esta tormenta de acero. Un superviviente contó que vio a sus compañeros quemados, partidos en dos y decapitados; él mismo perdió la pierna izquierda. Para los lectores de la prensa en la metrópoli, a quienes se les ahorró estos macabros detalles, las noticias apenas eran creíbles. Treinta mil agricultores holandeses estaban dándole una paliza a Gran Bretaña.<sup>[19]</sup>

**MAFEKING**

La guerra de los bóers estuvo a punto de ser para el imperio británico lo que fue Vietnam para Estados Unidos en dos aspectos: el alto coste en vidas y en dinero (cuarenta y cinco mil muertos<sup>[20]</sup> y doscientos cincuenta millones de libras gastados) y las divisiones que despertó en la metrópoli. Por supuesto, los británicos habían sufrido derrotas en África antes, no solo contra los bóers sino contra los *impis* zulúes en Isandhlwana en 1879. Sin embargo, esta era una guerra a una escala mucho mayor. Al final de todo, apenas quedó claro que los británicos hubieran logrado su objetivo original. El desafío para los patriotas de la prensa era hacer que algo que se parecía tanto a una derrota fuese percibida como una nueva victoria imperial.

Mafeking —como ahora se escribe— es un pequeño pueblo bastante descuidado y polvoriento; uno puede casi oler el desierto del Kalahari al noroeste. Era todavía mucho más insignificante hace cien años: apenas una estación de ferrocarril, un hospital, una logia masónica, un cadalso, una biblioteca, un tribunal, unas cuantas manzanas de casas y una sucursal del Standard Bank, en suma, un típico asentamiento colonial poco atractivo. El único edificio con más de una planta era el poco británico convento del Sacret Heart. Hoy resulta difícil pensar que valiera la pena luchar por él. Pero en 1899 Mafeking era importante. Era un pueblo de frontera, prácticamente el último en la colonia de El Cabo antes de pasar al Transvaal. Desde aquí se lanzó la incursión de Jameson; e incluso antes de que la guerra comenzara, había allí un regimiento de tropas irregulares con la idea de organizar otra incursión más grande en el territorio bóer, cosa que nunca ocurrió. En cambio, las tropas se vieron sitiadas. Comenzaron a crecer los temores de que si Mafeking caía, los numerosos bóers que vivían en El Cabo podrían ponerse de parte de sus iguales en el Transvaal y en el Estado Libre de Orange.

El sitio de Mafeking fue presentado en Gran Bretaña como el episodio más glorioso de la guerra, el momento en que finalmente se impuso el espíritu deportivo del colegio público. En efecto, la prensa británica planteó el sitio como una especie de gran juego imperial, un partido de prueba entre Gran Bretaña y el Transvaal. La suerte determinó que esta vez los británicos tuvieran un capitán estupendo: el ex alumno de Charterhouse, Stephe Baden-Powell, ahora coronel al mando del primer regimiento de

Bechuanalandia. Para Baden-Powell, el sitio era en realidad el último encuentro de críquet. Incluso lo manifestó en una de sus características cartas desenfadadas a uno de los comandantes bóers: «Ahora tenemos nuestras entradas y hasta ahora hemos marcado doscientos días y estamos disfrutando del juego». Este era el héroe que la guerra (o al menos los corresponsales de guerra) necesitaba desesperadamente, un hombre que supiera por instinto cómo «plantear el juego». No era tanto por su actitud altanera que Baden-Powell impresionaba a los que lo rodeaban sino por su infatigable jovialidad, su «coraje» (una de sus palabras favoritas). Cada domingo organizaba verdaderos partidos de críquet seguidos de bailes. George Tighe, un civil que se enroló en la guardia del pueblo de Mafeking, nunca dudó de que Baden-Powell «era capaz de derrotar a los bóers en su propio juego “ajustado”». Dotado para la mímica, hacía números cómicos para mantener alta la moral. Se editaron sellos humorísticos para «la república independiente de Mafeking» con el perfil de Baden-Powell en lugar del de la reina. Ni siquiera al *Boys' Own Paper* se le hubiera ocurrido.

Durante 217 días Mafeking resistió a una fuerza bóer que era mucho mayor y poseía una artillería letalmente superior. La fuerza defensora tenía dos cañones de avancarga para disparar proyectiles de tres kilos y un viejo cañón que disparaba como si los proyectiles fueran «exactamente como una bola de críquet» (¿podía ser de otro modo?), contra Cronje, que contaba con nueve cañones de campaña y un cañón Creusot «Long Tom» (apodado con auténtico estilo colegial «Oíd Creechy»). Los informes de los corresponsales de diarios dentro del pueblo, en especial de lady Sarah Wilson para el *Daily Mail*, mantenían a los lectores en un estado de angustioso suspense. ¿Lograría resistir Baden-Powell? ¿Resultarían los rápidos lanzadores bóers demasiado incluso para él? Cuando finalmente se produjo la liberación de Mafeking el 17 de mayo de 1900, hubo escenas histéricas de júbilo (*mafficking*) en las calles de Londres como si, según afirmó el antiimperialista Wilfrid Scawen Blunt, «hubieran derrotado a Napoleón». Baden-Powell fue premiado con el mando de una nueva fuerza, la policía sudafricana, cuyo uniforme se dispuso a diseñar con entusiasmo.

Pero ¿cuál fue el coste de resistir en este pueblo de mala muerte? Es cierto que más de siete mil soldados bóers habían sido distraídos con una

campaña secundaria en la fase inicial de la guerra, cuando podrían haber conseguido más en otra parte. Pero en términos de vidas humanas este episodio no fue un juego de críquet. Cerca de la mitad de los setecientos defensores habían sido muertos, heridos o tomados prisioneros. Y lo que los periódicos no decían era que el coste real de la defensa de Mafeking fue soportado por la población negra, pese al hecho de que se suponía que se trataba de «la carga del hombre blanco». Baden-Powell no solo reclutó a más de setecientos nativos (aunque después dijo que el número era menos de la mitad) sino que también los excluyó de las trincheras de protección y los refugios en la parte del pueblo destinada a los blancos. Y les redujo de forma sistemática las raciones para alimentar a la minoría blanca. Las bajas civiles de ambas razas sumaron más de trescientos cincuenta. Pero el número de residentes negros que murieron de hambre fue posiblemente el doble. Como dijo cínicamente Milner: «Uno de todos modos solo tiene que sacrificar al “negro”, y entonces el juego se simplifica».

La opinión pública británica recibió una victoria simbólica; los poetastros se apresuraron a publicar:

*¿Qué? ¿Arrebatarle el cetro de la mano, y  
hacerle doblar la rodilla? No mientras sus  
vasallos guarden la tierra, y sus acorazados los  
mares.*

—(AUSTIN, ¡A las armas!)

*Dirige así los reinos a los que tu vanguardia  
humilló,  
obsérvalos irritarse y rabiar; y si te desafían, como  
que tu  
nombre es Inglaterra, ¡apunta y da en el blanco!*

—(HENLEY, Por el bien de Inglaterra)

Pero el triunfo era solo en la prensa. Como Kitchener observó agudamente, Baden-Powell no había mostrado más exhibicionismo que

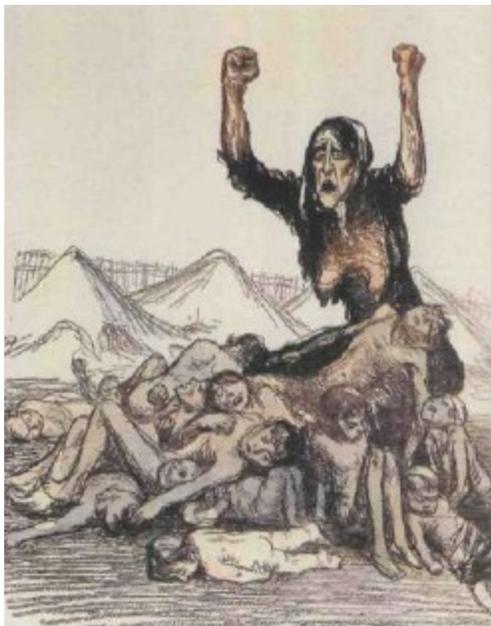
verdadero valor. Podría haber dicho lo mismo de la liberación de Mafeking.

Hacia el verano de 1900, la guerra parecía estar tomando otro rumbo. El ejército británico, ahora bajo la jefatura más eficiente del veterano del ejército indio, lord Roberts, había auxiliado a Ladysmith y avanzado en territorio bóer, capturando tanto Bloemfontein, la capital del Estado Libre de Orange, como Pretoria, capital del Transvaal. Convencido de que estaba ganando la guerra, Roberts paseó triunfante por las calles de Bloemfontein y se instaló en la residencia oficial. Los oficiales fueron a bailar en la espaciosa sala de baile de la planta baja.

Se suponía que era un baile para celebrar el triunfo. Sin embargo, pese a la pérdida de sus principales pueblos, los bóers se negaban a rendirse, adoptando, en cambio, la táctica de guerra de guerrillas. «Los bóers —se lamentaba Kitchener— no son como los sudaneses, que se presentan para pelear en justa lucha, están siempre escapando en sus pequeños ponis». ¡Si solo se enfrentaran a las Maxim británicas con espadas como buenos deportistas! Frustrado, Roberts adoptó una despiadada estrategia concebida para golpear a los bóers donde eran más vulnerables.

Los británicos habían estado destruyendo esporádicamente las fincas de los bóers desde hacía tiempo, por lo general debido a que en determinadas casas se daba refugio a los francotiradores o se suministraba comida e información a las guerrillas. Pero ahora se autorizó a las tropas británicas a que destruyeran las casas de los bóers de manera sistemática. En total, se arrasaron treinta mil casas. El único problema que esto planteaba era qué hacer con los miles de mujeres y niños que los guerrilleros bóers habían dejado atrás al unirse a sus comandos en el veld, y que ahora quedaban sin hogar. En teoría, la táctica de arrasar obligaría a los bóers a rendirse, aunque solo fuera para proteger a sus seres queridos. Pero hasta que esto ocurriera, estas personas eran responsabilidad de los británicos. ¿Debían ser tratados como prisioneros de guerra o como refugiados? La opinión inicial de Roberts era que «alimentar a las personas cuyos parientes se han alzado en armas contra nosotros solo alentará a éstos a prolongar su resistencia, además de crear una grave carga para nosotros». Pero la idea de que deberían ser obligados a «reunirse con sus parientes fuera de nuestras líneas a no ser que éstos vinieran a rendirse» no era realista. Después de algunos

titubeos, los generales llegaron a una solución. Como si de ganado se tratara, llevaron a las familias bóers a unos descampados, que, para ser más exactos, deberían ser llamados campos de concentración.



**Caricatura francesa de los campos de concentración británicos en Sudáfrica, 1901.**

Aunque no fueron los primeros en la historia (las fuerzas españolas habían empleado una táctica similar en Cuba en 1896), sí fueron los primeros en hacerse tristemente célebres.<sup>[21]</sup> En total, 27.927 bóers (niños en su mayoría) murieron en campos de concentración británicos. Representaban el 14,5 por ciento de toda la población bóer, y murieron principalmente a consecuencia de la desnutrición y la falta de higiene. La mayoría de los adultos bóers murieron por estos motivos antes que a causa de la acción militar directa. De los 115.000 negros presos en campos separados murieron catorce mil (el 81 por ciento eran niños).

Entretanto, en la residencia oficial de Bloemfontein, la música continuaba. Finalmente, tras varios meses de «Gay Gordons» y «Strip the Willow» (danzas escocesas), la sala de baile comenzó a vaciarse. Para evitar que les ocurriera algún accidente a las esposas de los oficiales, tenían que ser reemplazadas las antiguas tablas del suelo, lo cual se hizo. Por suerte

para la contabilidad del comedor de oficiales, se encontró un uso para las antiguas tablas. Fueron vendidas a las mujeres bóers para que fabricaran ataúdes para sus hijos, al precio de un chelín y seis peniques cada tabla.

La táctica de tierra quemada más los campos de concentración debilitaron claramente la voluntad de lucha de los bóers. Pero no fue hasta que Kitchener —que sucedió a Roberts en noviembre de 1900— hubo cubierto el país con una mortífera red de alambradas de púas y blocaos, que éstos se vieron obligados a acudir a la mesa de negociación. Incluso entonces el resultado no fue exactamente una rendición incondicional. Es cierto que por el Tratado de Wereniging (31 de mayo de 1902), las dos repúblicas bóers perdieron su independencia y fueron absorbidas por el imperio. Pero eso significó que los británicos tuvieron que pagar por lo que habían destruido. A la vez, el tratado dejó de lado la cuestión de los derechos al sufragio de la población negra y de color para que fuese definida después de la introducción del autogobierno, a la amplia mayoría de los habitantes de Sudáfrica durante tres generaciones. La paz no pudo impedir en modo alguno que los bóers aprovecharan el limitado sufragio. En 1910, exactamente ocho años después de firmado el tratado, se creó la Unión Sudafricana con su propio gobierno, teniendo como primer ministro al comandante general Louis Botha y a varios héroes de guerra como miembros del gabinete. Al cabo de tres años se promulgó una ley sobre tierras autóctonas que obligaba a los negros sudafricanos a tener propiedad de la tierra solo en la décima parte menos fértil del país.<sup>[22]</sup> En efecto, los bóers ahora gobernaban no solo sus estados originales, sino también los territorios británicos de Natal y la colonia de El Cabo, y habían dado el primer paso para imponer el apartheid en toda Sudáfrica. Milner había esperado que el futuro sería «dos quintas partes bóer y tres quintas partes británico, paz, progreso y unión». En los hechos no hubo los suficientes inmigrantes británicos en Sudáfrica para lograrlo.

En muchos aspectos las consecuencias de la guerra de los bóers tuvieron más calado en Gran Bretaña que en Sudáfrica, pues la revulsión contra la conducta en la guerra impulsó decisivamente la política británica hacia la izquierda en la década de 1900, un cambio que tendría consecuencias incalculables para el futuro del imperio.

En los suburbios de Bloemfontein se levanta un sombrío e imponente monumento a los niños y mujeres bóers que murieron en los campos de concentración. Junto al presidente durante la guerra del Estado Libre de Orange, yacen los restos de la hija de un clérigo de Cornish, Emily Hobhouse, una de las primeras activistas antibélicas del siglo xx. En 1900 Hobhouse se enteró de que «las pobres mujeres [bóers] estaban siendo llevadas de la ceca a la meca» y decidió ir a Sudáfrica a ayudarlas. Estableció un Fondo de Ayuda para Mujeres y Niños Sudafricanos «para alimentar, vestir, amparar y salvar a mujeres y niños (bóers, británicos y otros) que habían quedado en la miseria y sin abrigo como resultado de la expulsión de familias y otros incidentes provocados por... las operaciones militares». Poco después de su llegada a Ciudad del Cabo, en diciembre de 1900, consiguió la autorización de Milner para visitar los campos de concentración, aunque Kitchener intentó limitar su acceso al campo de Bloemfontein, entonces ocupado por mil ochocientas personas. Las terribles condiciones de vivienda e higiene (las autoridades militares consideraban una pastilla de jabón como un «artículo de lujo») le causaron un profundo impacto. Pese a los esfuerzos obstruccionistas de Kitchener, continuó visitando los demás campos en Norvalspont, Aliwal North, Springlontein, Kimberley, Orange River y Mafeking. En todos se repetía la misma historia. Y cuando volvió a Bloemfontein la situación había empeorado.

En un esfuerzo por detener la política de campos de concentración, Hobhouse volvió a Gran Bretaña, pero el Ministerio de la Guerra se mostró más o menos indiferente. Solo de mala gana, el gobierno aceptó nombrar un comité de mujeres bajo Millicent Fawcett para investigar las alegaciones de Hobhouse, y fue excluida de la misma adrede. Indignada, trató de regresar a Sudáfrica, pero ni siquiera se le permitió desembarcar. Lo único que le quedaba era la publicidad.

Las condiciones en los campos empeoraron durante 1901. En octubre un total de tres mil presos murieron, una tasa de mortalidad superior al 30 por ciento. No se trataba de una política deliberadamente genocida, más bien era el resultado de una desastrosa falta de previsión por parte de las autoridades militares. Tampoco era la comisión Fawcett tan inútil como Hobhouse había temido; presentó un informe notablemente contundente y

consiguió la rápida mejora de la asistencia médica en los campos. Aunque Chamberlain no quiso criticar el Ministerio de la Guerra abiertamente, también se sintió consternado por lo que Hobhouse había revelado y aceleró la transferencia de los campos a las autoridades civiles de Sudáfrica. Con una sorprendente rapidez, las condiciones mejoraron: la tasa de mortalidad bajó del 34 por ciento en octubre de 1901 al 7 por ciento en febrero de 1902, y apenas un 2 por ciento en mayo.<sup>[23]</sup>

Al menos Milner estaba arrepentido. Admitió que los campos eran «un mal negocio, la única cosa —hasta donde me concierne— que justifica los insultos que con tanta ligereza se han lanzado contra nosotros por todo lo que hemos hecho y lo que no». Pero el arrepentimiento, no importa lo sincero que fuera, no podía deshacer el daño. Las revelaciones de Hobhouse sobre los campos desataron una implacable reacción de la opinión pública contra el gobierno. En el Parlamento los liberales aprovecharon la oportunidad. Era la ocasión perfecta para arremeter contra la coalición entre los *tories* y los partidarios de Chamberlain que había dominado la política británica durante casi dos décadas. Ya en junio de 1901, sir Henry Campbell-Bannerman, el jefe del partido, denunció «los métodos bárbaros» que se estaban usando contra los bóers. Ante la Cámara de los Comunes, David Lloyd George, el engréido del ala radical del partido, dijo:

Hacer una guerra de anexión [...] contra un orgulloso pueblo significa hacer una guerra de exterminio, y desgraciadamente eso es lo que estamos haciendo nosotros mismos ahora, incendiando fincas y expulsando a mujeres y niños de sus hogares [...] el salvajismo que necesariamente sigue a esto manchará el nombre de este país.

Y así fue.

Los críticos no solo afirmaban que el imperialismo resultaba inmoral. Según los radicales, también una estafa: pagados por contribuyentes británicos, los soldados británicos luchaban por él, pero beneficiaba solo a una diminuta élite de potentados millonarios como Rhodes y Rothschild. Ese fue el corpúsculo importante del texto de J. A. Hobson: *Imperialism: A Study*, publicado en 1902, donde se afirmaba:

Todo gran acto político debe recibir la sanción y la ayuda práctica de este pequeño grupo de soberanos financieros [...] Como especuladores o agentes financieros constituyen [...] el único factor esencial en la economía del imperialismo [...] Cada condición [...] de su rentable negocio [...] los coloca del lado del imperialismo [...] No hay guerra [...] ni cualquier otra agitación pública, que no sea provechosa para estos hombres; son las arpías que chupan sus ganancias en cada perturbación súbita del crédito público [...] La riqueza de estas casas, el nivel de sus operaciones, y su organización cosmopolita las convierte en las principales determinantes de la política económica. Tienen el interés más grande en la cuestión del imperialismo, y los medios más vastos para imponer su voluntad a la política de las naciones [...] La finanza es [...] el regulador del motor imperial, dirigiendo su energía y determinando su funcionamiento.

Henry Noel Brailsford llevó más lejos la tesis de Hobson en *The War of Steel and Gold: A Study of the Armed Peace* (escrito en 1910, pero no fue publicado hasta 1914). «En la edad heroica —escribía Brailsford—, Helena era el rostro que movía cientos de naves. En nuestra edad de oro, cada vez más ese rostro tiene los astutos rasgos de un financiero hebreo. Para defender los intereses de lord Rothschild y sus colegas tenedores de bonos, primero fue invadido Egipto, y después prácticamente anexionado a Gran Bretaña [...] El caso más extremo de todos es quizá nuestra propia guerra en Sudáfrica». ¿No era obvio que la guerra de los bóers había ocurrido para lograr que las minas de oro del Transvaal se mantuvieran con seguridad en manos de sus propietarios capitalistas? ¿No era Rhodes (según el primer ministro radical Henry Labouchere) un simple «chapucero constructor del imperio que siempre ha sido un vulgar empresario disfrazado de patriota, y el mascarón de proa de una banda de astutos financieros judíos con quienes se reparte las ganancias?». Como esas teorías conspirativas modernas que explican cualquier guerra en función del control de las reservas de petróleo, la crítica radical del imperialismo era sumamente simplista. (Hobson y Brailsford no sabían que Rhodes se había convertido en un lastre durante el

sitio de Kimberley.) Y como esas otras teorías modernas que atribuyen un poder siniestro a ciertas instituciones financieras, existe cierto antiimperialismo que contiene una pizca de antisemitismo. Sin embargo, cuando Brailsford decía que era «una perversión de los fines para los que existe el Estado, el que el poder y el prestigio, por los cuales pagamos todos, se utilice para obtener ganancias para aventureros privados», no estaba tan equivocado. «Participamos en el comercio imperial —escribió— con la bandera como un activo indispensable, pero las ganancias van exclusivamente a bolsillos particulares». Esto era en gran parte cierto.

La mayoría de los importantes flujos de dinero generados por el gran capital de Gran Bretaña colocado en inversiones extranjeras llegaba a una élite diminuta formada cuando mucho por unos cuantos centenares de personas. En la cúspide de esa élite se encontraba la Banca Rothschild, cuyo capital combinado en Londres, París y Viena sumaba cuarenta y un millones de libras, convirtiéndolo en la institución financiera más grande del mundo. La mayor parte de los activos del banco estaban invertidos en bonos del Estado, una gran proporción de los cuales se situaban en economías coloniales como Egipto y Sudáfrica. Tampoco hay duda de que la ampliación del poder británico en esas economías generaba abundantes negocios nuevos para los Rothschild. Entre 1885 y 1893, por dar un solo ejemplo, las casas de Londres, París y Frankfurt fueron responsables colectivamente de cuatro grandes emisiones de bonos egipcios por un valor de casi cincuenta millones de libras esterlinas. Incluso más destacable resulta la cercanía de los vínculos que mantenían los Rothschild con los políticos del momento. Disraeli, Randolph Churchill y el conde de Rosebery estaban relacionados de varias formas con ellos tanto social como financieramente. El caso de Rosebery —que fue secretario de Asuntos Exteriores bajo el mandato de Gladstone y lo sucedió como primer ministro en 1894— es particularmente notorio, ya que en 1878 se casó con la sobrina de lord Rothschild, Hannah.

Durante su carrera política, Rosebery mantuvo comunicación regular con los hombres de la familia Rothschild, una correspondencia que revela la intimidad de los vínculos entre el dinero y el poder a finales del imperio Victoriano. En noviembre de 1878 Ferdinand Rothschild sugirió a

Rosebery: «Si tiene unos cuantos miles de libras sobrantes (de 9 a 10), podría invertirlas en el nuevo... crédito egipcio que la Cámara planteará la próxima semana». Cuando se incorporó al gobierno después de las noticias de la muerte de Gordon en Jartum, lord Rothschild le escribió en términos reveladores: «[S]u claro juicio y devoción patriótica ayudará al gobierno y salvará el país. Espero que cuide usted de que se envíen grandes refuerzos Nilo arriba. La campaña en el Sudán debe ser un éxito brillante sin fallos». Durante las dos semanas que transcurrieron tras su ingreso en el gobierno, Rosebery se encontró con miembros de la familia al menos en cuatro ocasiones, incluidas dos cenas. Y en agosto de 1885, solo dos meses después de que la renuncia de Gladstone lo hubiera desplazado del gobierno otra vez, Rosebery recibió cincuenta mil libras del crédito emitido por la casa de Londres. Cuando llegó a ministro de Asuntos Exteriores, Alfred, el hermano de lord Rothschild, le dijo enfáticamente: «De todas partes e incluso desde distantes climas no escuchamos sino expresiones de gran satisfacción por el nombramiento del nuevo ministro de Asuntos Exteriores».

Aunque es difícil encontrar una prueba concluyente de que los Rothschild se beneficiaran materialmente de la política de Rosebery cuando éste ocupó el cargo, en una ocasión al menos les informó con antelación de una importante decisión diplomática. En enero de 1893, utilizó a Reginald Brett para comunicar a New Court la intención del gobierno de reforzar la guarnición egipcia. Brett informó:

Vi a Natty [lord Rothschild] y a Alfred, y les dije que usted estaba muy agradecido por haberle dado toda la información a su alcance, y por tanto quise que supieran [del envío de refuerzos] antes de que lo leyeran en los periódicos [...] Por supuesto estuvieron encantados y muy agradecidos. Natty quería que le comunicara a usted que toda la información y cualquier ayuda que él pueda ofrecerle está siempre a su disposición.

Tampoco fue Rosebery el único político que no logró trazar una separación completa entre sus intereses privados y los públicos. Uno de los

principales beneficiarios de la ocupación de Egipto fue el propio Gladstone. A finales de 1857 (posiblemente poco antes de que su rival Disraeli comprase las acciones del canal de Suez), había invertido cuarenta y cinco mil libras esterlinas en el préstamo de la hacienda pública egipcia otomana de 1871 a un precio de apenas 38.<sup>[24]</sup> Había agregado cinco mil libras esterlinas más hacia 1878 y un año después invirtió otros quince mil en el préstamo otomano de 1854, que también fue respaldado por la hacienda egipcia. Hacia 1882, estos bonos representaban más de un tercio de toda su cartera de acciones. Incluso antes de la ocupación militar de Egipto, éstos resultaron ser una buena inversión: el precio de los bonos de 1871 subió de 38 a 57 en verano de 1882. La ocupación británica reportó al primer ministro incluso mayores ganancias: hacia diciembre de 1882 el precio de los bonos de 1871 subió a 82. En 1891 casi llegaron a 97 (unas ganancias de capital superiores al 130 por ciento sobre la inversión inicial de 1871 solamente). No asombra que Gladstone dijera que la bancarrota del Estado turco era «el más grande de todos los crímenes *políticos*». ¿Carece acaso de importancia que el agente británico y cónsul general en Egipto durante casi un cuarto de siglo desde 1883 fuera un miembro de la familia Baring, detrás de los Rothschild entre las dinastías de la City?

Al rechazo de los métodos empleados por el gobierno para luchar en la guerra se sumaron la preocupación por el coste creciente del conflicto y las oscuras sospechas sobre quiénes podrían ser sus beneficiarios. El resultado fue un cambio político total. El gobierno, ahora dirigido por el sobrino de Salisbury, el brillante pero frívolo Arthur Balfour, estaba profundamente dividido sobre el mejor modo de costear la guerra. Por desgracia, como luego se vería, Chamberlain aprovechó el momento para defender un restablecimiento de los aranceles proteccionistas. La idea convertiría al imperio en una unión aduanera, con impuestos comunes para todos los artículos importados de fuera del territorio británico: el lema de Chamberlain para el plan era «preferencia imperial». La política incluso había sido probada durante la guerra de los bóers, en la que Canadá había quedado exento de un impuesto pequeño y temporal sobre el trigo y el maíz importados. Esto era, sin embargo, otro esfuerzo por convertir la teoría de una Gran Bretaña ampliada en una práctica política. Pero para la mayoría de

los votantes británicos parecía más un intento de restaurar las antiguas leyes del trigo y elevar el precio de los alimentos. La campaña de los liberales contra el imperialismo, ahora ampliamente considerado como un vocablo insultante, culminó en enero de 1906 con uno de los grandes virajes electorales en la historia británica que les dio el poder con una mayoría de 243. La visión de Chamberlain de un imperio del pueblo parecía haberse desvanecido frente a los viejos principios fundamentales insulares de la política nacional británica: pan barato más indignación moral.

Sin embargo, si los liberales creyeron que podrían corresponder a sus votantes con un dividendo de paz antiimperial rápidamente se desengañaron, pues una nueva amenaza a la seguridad del imperio se asomaba claramente en el horizonte. No se trataba de súbditos descontentos (aunque la tormenta inminente en Irlanda durante un tiempo pareció mucho más grande), sino de un imperio rival en la vecina costa del mar del Norte. No era una amenaza que siquiera los liberales partidarios de la paz pudieran permitirse ignorar. Y, con singular ironía, la amenaza la planteaba un pueblo que tanto Cecil Rhodes como Joseph Chamberlain (por no hablar de Karl Pearson) habían considerado igual a la raza angloparlante: el pueblo alemán.

En 1907 Eyre Crowe, un mandarín de Asuntos Exteriores que había nacido en Leipzig, redactó un «Memorándum sobre la situación actual de las relaciones británicas con Francia y Alemania». Su duro mensaje era que el deseo de Alemania de desempeñar «en el escenario mundial un papel mucho más grande e importante que el que se le ha asignado bajo la actual distribución de poder material» podría llevarla «a disminuir el poder de sus rivales, para realzar el suyo ampliando sus dominios, a impedir la cooperación con otros estados, y finalmente a destruir y suplantar el imperio británico».

En la década de 1880, cuando todavía Francia y Rusia parecían ser los principales rivales imperiales de Gran Bretaña, la política británica había sido de conciliación con Alemania. Pero a principios del siglo xx, Alemania planteaba la amenaza más grave para el imperio. El argumento de Crowe no era difícil de sustentar. La economía alemana ya había superado a la británica. En 1870 la población alemana había alcanzado los 39 millones

frente a los 31 millones de Gran Bretaña. Hacia 1913 las cifras eran de 65 a 46 millones. En 1870 el PIB de Gran Bretaña había sido 40 por ciento más alto que el de Alemania. Hacia 1913 el de Alemania era de un 6 por ciento superior al de Gran Bretaña, lo que significaba que la tasa media de crecimiento anual del PIB per cápita había sido superior a medio punto porcentual. En 1880 la participación de Gran Bretaña en la producción manufacturera mundial era del 23 por ciento, la de Alemania del 8 por ciento. En 1913, las cifras eran respectivamente del 14 y 15 por ciento. Entretanto, como resultado del plan del almirante Tirpitz de construir una flota de combate en el mar del Norte, que se inició con la ley naval de 1898, la marina alemana se estaba convirtiendo rápidamente en el rival más peligroso de la Royal Navy. En 1880 el tonelaje de navíos de guerra británicos frente al alemán había mantenido una proporción de siete a uno. Hacia 1914 era menos de dos a uno.<sup>[25]</sup> Sobre todo, el ejército alemán empequeñecía al de Gran Bretaña con 124 divisiones frente a diez, y cada regimiento de infantería estaba armado con ametralladoras Maxim MGo8. Tampoco servía de mucho incluir las siete divisiones británicas estacionadas en la India para corregir este desequilibrio. En cuanto al número de contingentes, se podía calcular que Gran Bretaña movilizaría 733.500 hombres en caso de guerra, y los alemanes a 4,5 millones.

Los conservadores y los unionistas afirmaron que tenían respuestas para la cuestión alemana: reclutamiento para equiparar al ejército alemán en número de hombres, y aranceles al estilo alemán que contribuyeran a su pago. Pero el nuevo gobierno liberal rechazó ambas medidas por principios. Solo prosiguieron con dos políticas de sus predecesores: el compromiso de alcanzar, y si era posible superar, el nivel de construcción naval alemana, y la política de *rapprochement* con Francia.

En 1904 se llegó con Francia a una Entente Cordiale en relación con una amplia gama de temas coloniales. Por fin los franceses reconocieron el dominio británico en Egipto, a cambio de que los británicos dejaran a los franceses las manos libres en Marruecos. Unos cuantos territorios británicos sin importancia en África Occidental se cedieron a Francia a cambio de que los franceses renunciaran a los derechos de pesca que les quedaban en Terranova. Con la ventaja que da la retrospectiva, habría sido más sensato

buscar un entendimiento con Alemania (y efectivamente el propio Chamberlain coqueteó con esa idea en 1899),<sup>[26]</sup> pero en ese momento la Entente anglofrancesa tenía mucho sentido. Es cierto, parecía haber una serie de áreas potenciales para la cooperación ultramarina angloalemana, no solo en África Oriental, sino en China y el Pacífico, así como en América Latina y Oriente Próximo. Financieramente, había una estrecha cooperación entre bancos británicos y alemanes en proyectos ferroviarios que iban desde el valle del Yangtse en China hasta la bahía de Delagoa en Mozambique. Como Churchill diría más adelante: «No éramos enemigos de la expansión colonial alemana». El mismo canciller alemán dijo en enero de 1913 que «los temas coloniales del futuro apuntan a la cooperación con Gran Bretaña».

Sin embargo, estratégicamente Francia y su aliada Rusia eran los principales rivales de Gran Bretaña en ultramar; y el hecho de dirimir antiguas disputas en la periferia era un modo de liberar los recursos británicos para dar una respuesta al creciente desafío continental de Alemania. El subsecretario adjunto de Asuntos Exteriores Francis Bertie dijo en noviembre de 1901 que el mejor argumento contra una alianza angloalemana era que si se realizaba, «nunca estaríamos a la par con Francia, nuestro vecino en Europa y en muchas partes del globo, ni con Rusia, cuyas fronteras colindan con las nuestras prácticamente en una gran parte de Asia». Por esta Gran Bretaña respaldó a Francia frente a Alemania respecto a Marruecos en 1905 y otra vez en 1911, pese al hecho de que formalmente los alemanes estaban en lo correcto.

Con todo, la francofilia de los liberales, que rápidamente transformó un acuerdo colonial en una alianza militar implícita, era sumamente arriesgada en el aislamiento. Sin preparativos militares adecuados para la eventualidad de una guerra europea, el «compromiso continental» con Francia asumido por el secretario de Asuntos Exteriores, sir Edward Grey era indefendiblemente peligroso. En teoría podría disuadir a Alemania de lanzarse a la guerra, pero si no era así, y Gran Bretaña se veía obligada a cumplir el compromiso de Grey con los franceses, ¿qué pasaría entonces? Gran Bretaña mantendría su supremacía naval sobre Alemania; en la carrera armamentista los liberales no habían mostrado debilidad. Después de su

ascenso al Almirantazgo en octubre de 1911, Churchill incluso subió la apuesta inicial al proponer que se mantuviera un nuevo «60 por ciento de nivel respecto no solo a Alemania sino al resto del mundo». «La Triple Entente está absorbiendo a la Triple Alianza», dijo a Grey en octubre de 1913. Al mes siguiente preguntó bruscamente: «¿Por qué se ha de suponer que no seremos capaces de derrotar [a Alemania]? Un estudio de la fuerza comparativa de la flota en pie de guerra sería tranquilizador». Aparentemente lo era. Antes de la guerra, Gran Bretaña tenía cuarenta y siete buques de guerra con más de sesenta y cuatro cañones (acorazados y cruceros de combate) frente a los veintinueve de Alemania, y disfrutaba de una ventaja numérica similar en prácticamente todos los demás navíos. Además, los cálculos del total de potencia de fuego de las marinas rivales ampliaban todavía más la diferencia entre ellas. Pero Tirpitz nunca había aspirado a construir una flota superior a la de Gran Bretaña, sino tan solo una que fuese lo bastante grande como para conseguir que «incluso el enemigo con el poder marítimo superior, una guerra contra ella implique tales riesgos que amenace su posición en el mundo». Tirpitz explicó al emperador en 1899 que bastaría con una flota que fuera entre dos tercios y tres cuartos del tamaño de la británica, para hacer que Gran Bretaña «conceda a Su Majestad tal medida de influencia marítima que le posibilitaría dirigir una gran política exterior». Esto casi se había conseguido hacia 1914.<sup>[27]</sup> Para entonces los alemanes estaban produciendo buques de guerra técnicamente superiores.

No estaba tampoco claro que la superioridad naval afectase al resultado de una guerra terrestre continental; para cuando el bloqueo británico hubiera avasallado la economía alemana, el ejército alemán podría haber llegado a París varios meses atrás. Incluso la comisión de defensa imperial reconoció que la única ayuda significativa que podía ofrecerse a Francia en caso de guerra tendría que provenir del ejército. Sin embargo, debido a la falta de reclutas necesarios, como hemos visto, el ejército británico había quedado empequeñecido por el alemán; y este era el meollo del problema. Los políticos podían intentar sostener que unas cuantas divisiones británicas podrían ser decisivas para una victoria alemana o una francesa, pero en Londres, París y Berlín, los soldados sabían que eso era falso. Los liberales

podían de forma creíble o comprometerse a defender a Francia y a implantar el reclutamiento obligatorio, o a una política de neutralidad sin reclutamiento. La combinación que adoptaron (compromiso con Francia sin reclutamiento) resultó fatal. Kitchener, con tono amargo, señaló en 1914: «Nadie puede decir que mis colegas del gabinete no sean valientes. No tienen ejército y han declarado la guerra a la nación con más poderío militar en el mundo».

En 1905 apareció un libro con el misterioso título *The Decline and Fall of the British Empire*. Pretendía haber sido publicado en Tokio en 1905 e imaginaba un mundo en que la India estaba bajo el dominio ruso; Sudáfrica bajo el dominio alemán; Egipto bajo el dominio turco; Canadá sometido a Estados Unidos, y Australia a los japoneses. Se trataba en realidad de un volumen más de la biblioteca de utopías negativas publicadas hasta el momento en las décadas anteriores a la Primera Guerra Mundial. Con el paso del tiempo y el aliciente de lord Northcliffe, cuyo *Daily Mail* publicaba tales obras por entregas con generosas condiciones, hubo cada vez más autores que reiteraban las consecuencias potenciales de una amenaza militar alemana al imperio: *The Spies of Wight* (1899) de Headon Hill; *The Riddle of the Sands* (1903), de Erskine Childers; *The Boy Galloper* (también 1903), de L. James; *A Maker of History* (1905), de E. Phillips Oppenheim; *The Invasion of 1910*, de William Le Queux; *The Enemy in our Midst* (1906), de Walter Wood; *The Message* (1907), de A. J. Dawson; *Spies of the Kaiser* (1909), de Le Queux, y *When England Slept* (también en 1909), del capitán Curties. En todos los casos, la premisa era que los alemanes tenían un plan malévolo para invadir Inglaterra o para destruir de algún modo el imperio británico. El miedo se difundió incluso entre los lectores del *Boys' Own Paper*. En 1909 la revista del colegio Aldeburgh Lodge, con bastante ingenio, imaginó cómo serían educados los niños en 1930, suponiendo que para entonces Inglaterra se hubiera convertido en «una islita en la costa occidental de Teutonia». Incluso Saki (Héctor Hugh Munro) intentó realizar una incursión en este tipo de

literatura con *When William Came: A Story of London under the Hohenzollerns* (1913).

La *hybris* imperialista (la arrogancia del poder absoluto) había aparecido y desaparecido para ser sustituida por un pronunciado temor a la decadencia y a la repentina caída. Rhodes había muerto. Chamberlain agonizaba. El reparto de África, esos días idílicos de Maxim contra los matabele, de repente parecían un recuerdo lejano. El reparto de Europa, que ahora se volvía inminente, sería el que determinaría el destino del imperio. La respuesta de Baden-Powell fue fundar los Boy Scouts (imitando la antigua Boys' Brigade), el intento con más éxito de los esfuerzos realizados en la época para movilizar a la juventud a favor del imperio. Con su estrafalaria mezcla de equipaje colonial y jerga al estilo de Kipling, el movimiento *scout* ofrecía una versión destilada y aséptica de una vida en la frontera a las generaciones de aburridos habitantes de ciudades. Aunque era sin duda una diversión sana y buena (en efecto su atractivo superó las fronteras del imperio), el propósito político del movimiento fue señalado de modo bastante explícito en la popular obra de Baden-Powell, *Scouting for Boys* (1908):

Siempre hay miembros del Parlamento que tratan de reducir el ejército y la marina con el fin de ahorrar dinero. Solo quieren ser populares entre los votantes de Gran Bretaña, de modo que ellos y el partido a que pertenecen puedan obtener el poder. A estos hombres se les llama «políticos». No consideran el bien del país. La mayoría conocen poco las colonias y les importan muy poco. Si hubieran conseguido antes lo que querían, ahora hablaríamos francés, y si se les permitiera conseguir lo que quieren en el futuro, ya podemos aprender alemán o japonés, porque seremos conquistados por estos pueblos.

Sin embargo, los *scouts* difícilmente podían hacer frente al mayor estado prusiano; un punto señalado precisamente en *The Swoop!, or How*

*Clarence Saved England* (1909) de P. G. Wodehouse, en que un *boy scout* lector del *Daily Mail* encuentra la noticia de que Gran Bretaña ha sido invadida (por los alemanes, los rusos, los suizos, los chinos, Monaco, Marruecos y el «mulah loco»), reducida a un único párrafo entre la puntuación del críquet y los resultados de una carrera hípica.

Los líderes del capitalismo financiero internacional (los Rothschild en Londres, París y Viena; los Warburg en Hamburgo y Berlín) insistían en que el futuro económico dependía de la cooperación angloalemana, no del enfrentamiento. Los teóricos del dominio británico estaban también seguros de que el futuro del mundo estaba en manos de la raza anglosajona. Sin embargo, el nexo que ligaba «anglo» con «sajón» no resultó suficiente para asegurar una relación estable entre una Gran Bretaña ampliada y el nuevo imperio que se extendía entre el Rin y el Oder. Como muchas otras cosas a partir de 1900, la Némesis imperial se encarnó en Alemania.